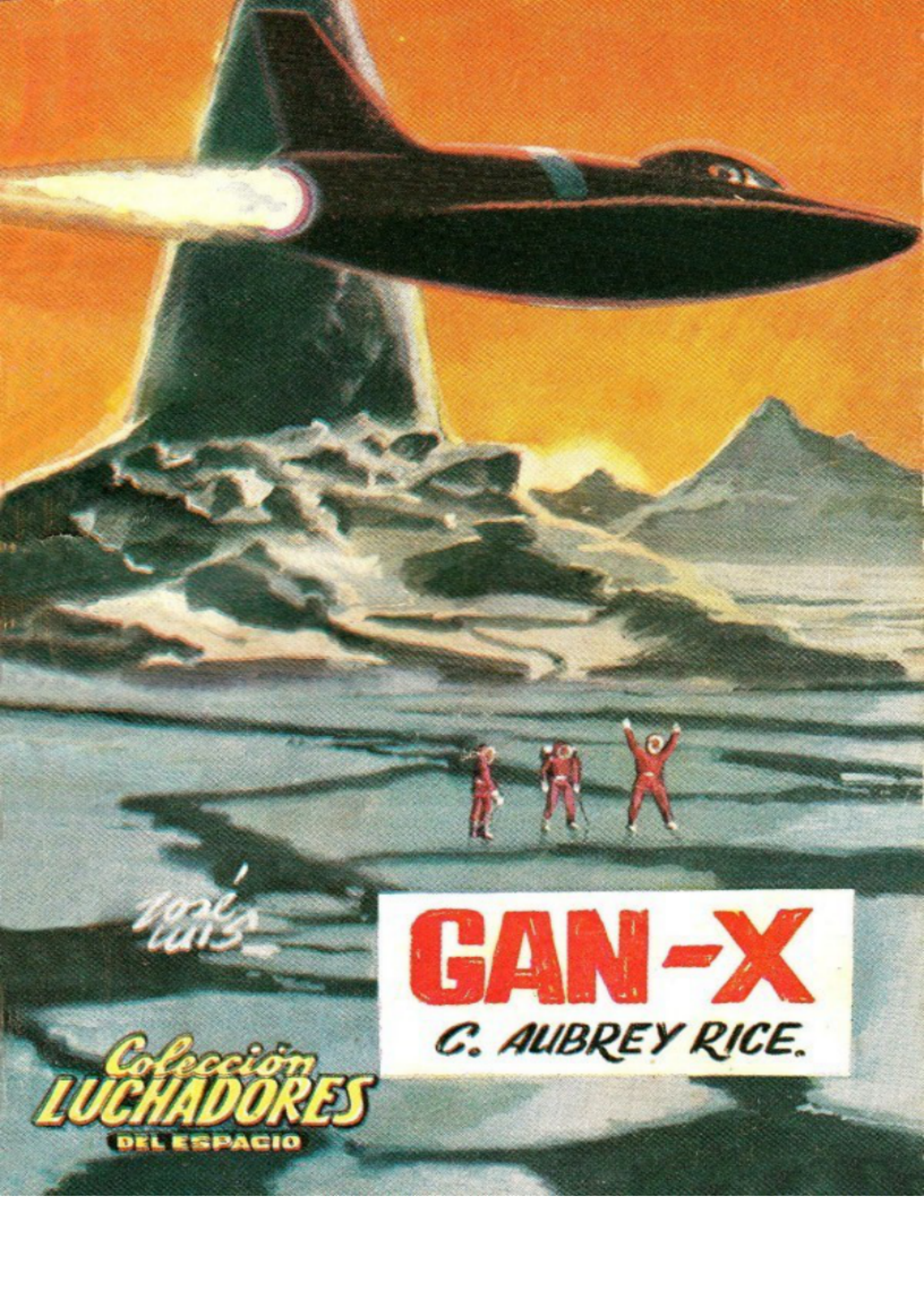
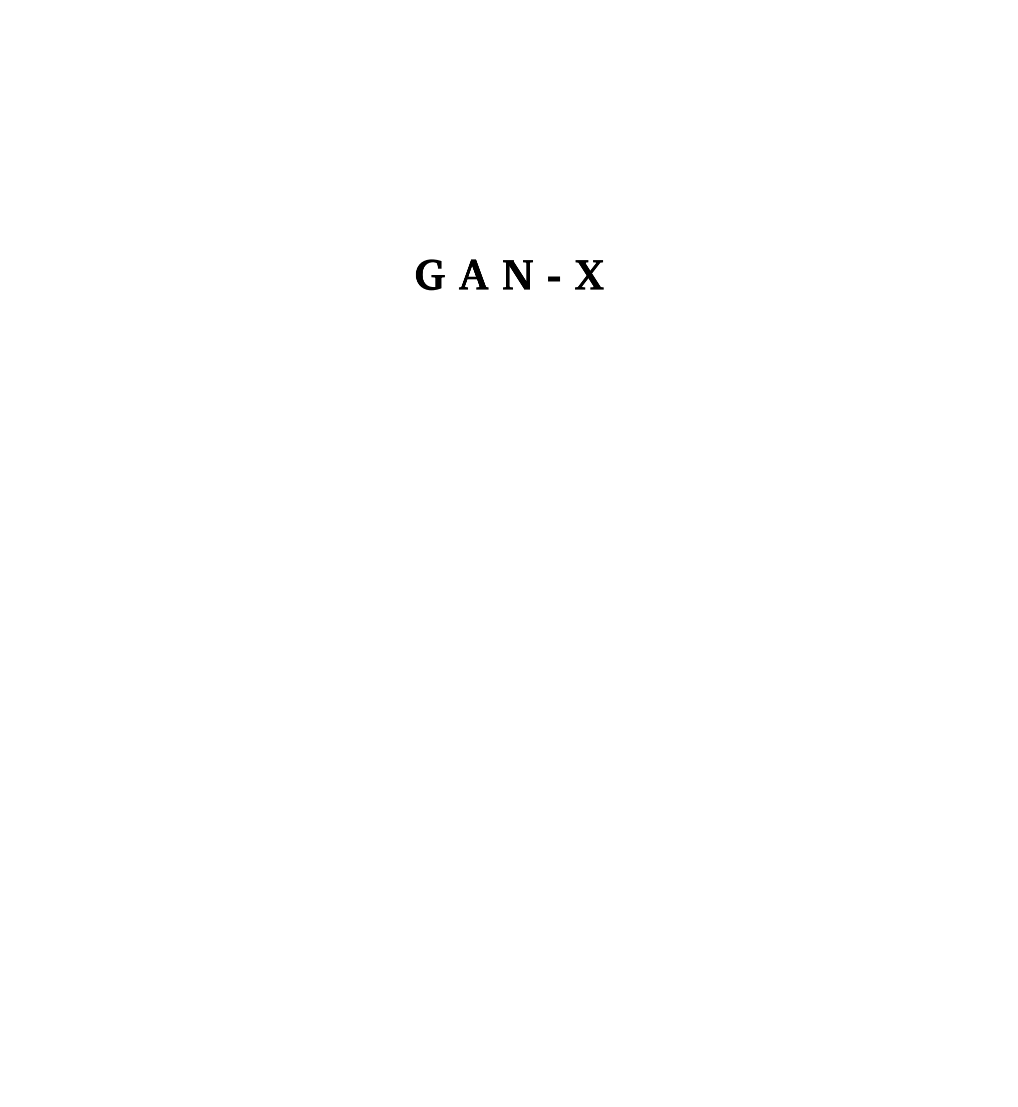
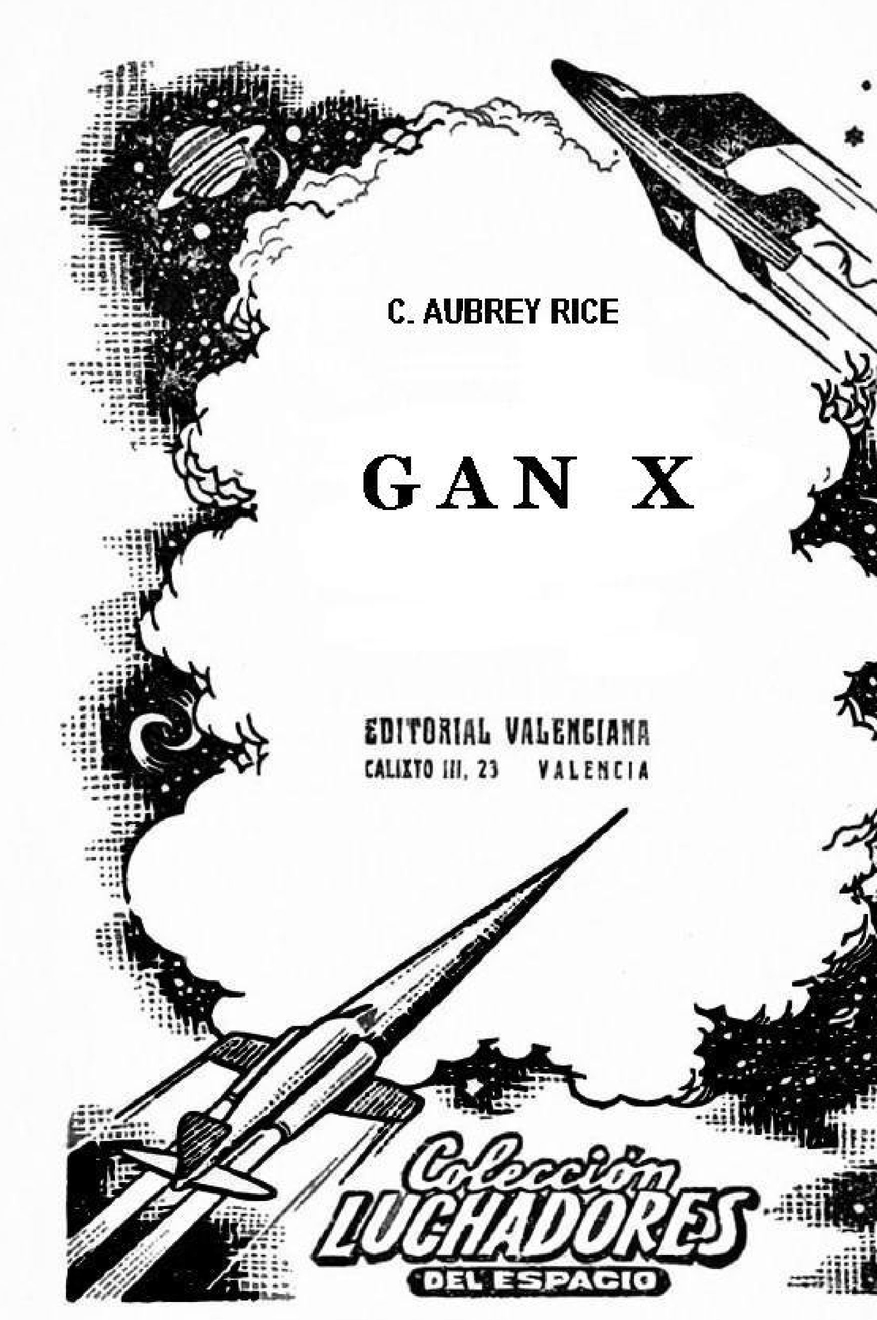

GAN-X
C. AUBREY RICE.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

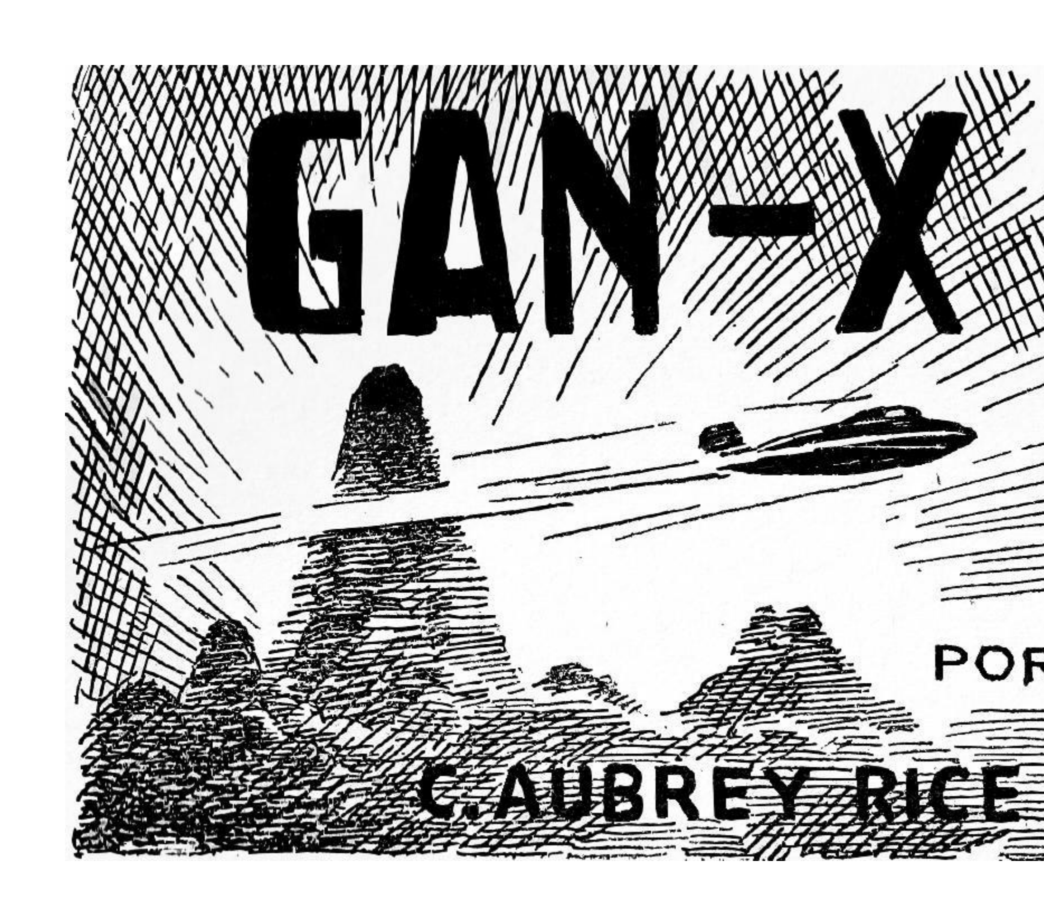


GAN-X


C. AUBREY RICE
GAN X
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

TIP. ARTISTICA



CAPÍTULO PRIMERO

MISIÓN CUMPLIDA

LA ventisca barría con furia la desolada blancura helada del Polo. El viento ululaba, la nieve caía y el suelo brillaba con los cegadores reflejos que le arrancaba a trechos el sol, medio oculto por las gasas de las nubes en las insondables alturas del firmamento.

La esporádica borrasca, como si quisiera luchar contra lo imposible, ponía con su intenso frío cortapisas al Astro Rey y extendía veloz sus remolinos de copos por la inhóspita región de los hielos eternos.

Más era inútil. El sol, por mucho que el sinuoso suelo resbaladizo lanzase chasquidos como quejas, tan potentes, a veces, como pistoletazos, proseguía enviando por entre los resquicios de las nubes el calor de sus rayos y convirtiendo en agua los témpanos.

A través de la tormenta, dos hombres, envueltos en gruesas pieles y con la cara protegida por sendas caretas, parecidas a las que suelen emplearse contra los gases asfixiantes, caminaban sin preocuparse ni del viento, ni de la nieve, ni de los horrísonos estampidos que les cercaban por doquier.

Sus pasos, a más de velocísimos, eran firmes, decididos, seguros. Andaban como si conocieran palmo a palmo el terreno que pisaban; como si el hallarse en los alrededores del Polo fuera cosa baladí; como si la tremenda temperatura que sufrían careciese también de importancia.

Sin encorvarse siquiera, pese a los envites del ventarrón, se dirigían en línea recta hacia el cinturón de montañas que oprime, por así decirlo, el emplazamiento del imaginario eje de la Tierra, si terrible sin ventisca, mortal de necesidad a la sazón.

Cualquiera que les hubiese visto, en el acto hubiera sospechado algo anormal. Porque es que aquellos dos individuos no portaban la menor impedimenta.

Aunque se movían con desusada ligereza y resistían los embates de los elementos como si sus cuerpos fueran moles de granito, no disponiendo de víveres, puesto que en la desierta zona polar no es posible proveerse, estaban irremisiblemente condenados a perecer. Y más aún, si cabe, ya que su camino era el opuesto para llegar a zona habitada.

No había, empero, nadie, y nadie, por tanto, pudo ver cómo alcanzaban, como el que no quiere la cosa, las blanquísimas montañas, que se alzaban como gigantescas estalagmitas, ni cómo, después, el uno del otro en pos, trepaban por la lisa pendiente húmeda, cortada a pico, de una de ellas.

Como si sus pies y sus manos estuvieran provistos de ganchos espinosos, semejantes a los que usan los leñadores para asirse a los troncos de los árboles, así la impertérrita pareja subió rápida y fácilmente por la inaccesible montaña. Y tras ellos, como una rara estela, fueron quedando en la lisura del helado talud profundos hoyitos.

No ascendieron hasta la cima propiamente dicha de la montaña. Poco antes de alcanzarla se detuvieron en un estrechísimo resalte, no mayor que un escalón, y con toda naturalidad, dándose media

vuelta sin temor al vértigo, dejaron vagar la vista por la amplia porción del níveo panorama que desde tan alta atalaya se divisaba.

Resistiendo impávidos el azote del vendaval, como para cerciorarse de que ningún ser humano se escondía por las inmediaciones, otearon a derecha y a izquierda.

Luego se volvieron, y cuando parecía que iban a continuar la ascensión, corno se abriese en la glacial montaña una oquedad, por la que salía un resplandor blanquecino que no era natural, penetraron por ella.

Otro hombre, vestido de pies a cabeza de blanco y con una careta igual a las de los otros, estaba en el iluminado interior.

—Avante —les dijo en un dulce idioma desconocido. —Cer os espera impaciente.

—Ya vamos, Uver —contestó uno de los recién llegados. Y añadió ansioso, despojándose, al preguntar, de la gruesa chaqueta de pieles que vestía, con lo que dejó al descubierto una extraña prenda blanca, similar a la del llamado Uver, especie de ceñida cazadora y caperuza, de una pieza, que le tapaba incluso la cabeza: —¿No consigue Cer dormir?

—No, Eler —repuso el aludido mientras cerraba la oquedad. —Gravitan sobre su pensamiento pesados problemas. No conciliará el sueño hasta que vosotros confirméis de viva voz lo que en vuestros cortos mensajes habéis anunciado.

—Acudamos a su presencia sin tardar —habló el otro hombre, quien, al quitarse la chaqueta de piel con capuchón que traía, mostró una cazadora idéntica a las de sus compañeros. —Hace veinte días que no duerme. Hora es ya de que descanse.

Sin más, tendió con brusco ademán su chaquetón a Uver, el cual se hizo cargo de él, y, seguido de cerca por Eler, anduvo unos pasos. Detúvose de repente, al llegar a una pared, y encarándose con Uver, dijo de mal talante:

—Hemos tenido que abandonar el reactor en el punto 38 del sector 1-A2. Ordena en el acto que vayan en su busca y cuídate de que no suceda jamás lo de hoy. Tan caro podría costarte, que ni con la vida tendrías para pagarlo.

Uver se inclinó respetuosamente.

—Discúlpame, Kar. No son deficiencias causadas por desidia, sino por culpa de la atracción. He tratado de subsanarlas dentro de lo posible, pero no he logrado vencerlas en su totalidad.

Como si fuera una puerta, la lisa superficie ante la que se habían detenido giró sobre unas invisibles bisagras. Kar fue el primero en

traspasar el umbral.

—Mucho me temo que haya que sustituirte, Uver —musitó como apesadumbrado. —No has demostrado pericia. Desde que vivimos en el Gan X estás intentando resolver esas «deficiencias», como habéis dado en llamarlas, sin resultado positivo alguno.

El alargado recinto donde ahora estaban, comenzó a descender

—Seguramente no tardará en conseguirlo —opinó Eler, poniéndose bajo el brazo el chaquetón. —Es la primera vez que Uver fracasa.

— ¡No he fracasado! —exclamó Uver. —Sólo hace veintitrés días que trabajo...

— ¡Silencio! —interrumpióle Kar. —Gracias puedes dar a que el reactor se ha quedado a trescientos kilómetros mal contados de nuestro Gan X.

Seguían descendiendo. Sobre ellos se iba quedando un hueco vertical, cuyo techo se perdía ya en las alturas.

Durante unos momentos nadie dijo nada. Después, como si se rebelase. Uver saltó con vehemencia:

— ¡No soy yo el culpable! —gritó casi. —¡Cúlpese a los que estuvieron antes que yo! A Eser, a Ter... Ellos, en nuestro lejano Fach, debieron haber resuelto satisfactoriamente la cuestión.

—Apenas dejaron un par de cabos sueltos —contestó Eler, como disculpando a los que Uver había acusado.

— ¡Nunca debieren dejarlos! —porfió éste. —Locura es, sin duda alguna, embarcarnos con cabos sueltos en una expedición de esta envergadura. A la vuelta, reclamación contra ellos pienso presentar al Tribunal de Fach.

—Cer no la cursará. Estimo que tu reclamación no ha lugar —sentenció Eler.

—Pues, si a mano viene —replicó Uver amenazador—, contra Cer reclamaré también.

—¿Qué dices, insensato? —le zarandeó Kar, agarrándole por las solapas de la cazadora. —¿Acaso crees que el anciano Cer no tiene ya suficientes complicaciones?

—¿Acaso no es él el jefe del Gan X? De todo cuanto aquí ocurra, él es el responsable.

— ¡Que Aar te perdone, Uver! —mascullló Kar. soltándole como con asco infinito.

— ¡No he infringido sus leyes! —aseguró Uver. Engallándose

al ver cómo el otro le soltaba. — ¡Guárdate también tú, no sea que a nuestro retorno...!

—¿De qué podrías reclamar contra mí, dime? He realizado audazmente la misión que Cer me encomendó. Dispuestos están ya para funcionar los núcleos receptores. El Tribunal lo reconocerá,

—Algo hay que quizá revolucione el criterio de nuestro inapelable Tribunal.

—¿Qué quieres decir?

—Que podías haber venido empujando el reactor.

— ¡Jamás! —gritó encolerizado Kar—. —¡Nadie puede obligarme!

—¿Tú crees? En Fach, no digo. Aquí... es diferente. Con tu orgullo harás que se debiliten los acumuladores supletorios, y bien sabes de cuán escasa energía disponemos.

El ascensor se detuvo suavemente y una luz verdosa brilló en lo alto. Uver quiso moverse.

—¡Espera! —le sujetó Kar. —¡No abras todavía!

Uver se le quedó mirando.

—Como gustes —le dijo por fin. —Más te advierto que Cer arde en deseos de captaros con el televisor.

—Tan sólo una despreciable fracción de tiempo tendrá que aguardar. ¿Reformará el Tribunal —le preguntó a Eler— la ley de orgullo?

Así como así —aseguró Eler—, desde luego que no.

— ¡Mi caso no está previsto! —exclamó Kar con acento de triunfo. —Ha de transcurrir una desmesurada colecta de años antes de que haya precedente en Fach.

—Puede que el precedente lo sientes tú. Lo que allí no sueñan siquiera que constituya delito, en nuestras circunstancias lo es.

— ¡Ja!... —rióse Uver. —¿Verdad que no ignoras la pena que te impondrán?

—Que «nos» impondrán; porque si a mí me hacen uno más por debajo de los humildes Zetars, te juro que conmigo te he de arrastrar. Por muy «deficiencias» que de la atracción sean las irregularidades que en el Gan X tienen lugar, en los veintitrés días, de sobra podías haberlas enmendado.

— ¡No tienes tú atribuciones para pedirme cuentas!

—¡Pero sí que las tengo para poder exigir que el servicio de reactores funcione con normalidad!

—¿Has cooperado para que los acumuladores supletorios no se

desgasten? ¿Qué necesidad habría ahora de orientarlos hacia tu reactor y debilitar su carga?

—Si no se hubiera parado el reactor en su camino, ¿qué necesidad de hacer tal cosa hubiese habido?

Los dos hombres, frente a frente, se observaron durante un segundo. Los redondos vidrios de sus respectivas caretas parecieron centellear, tanta fuerza había en sus miradas.

Eler, temiendo que llegaran a las manos, se interpuso conciliador.

—Conservad la calma —les aconsejó en voz baja. —Preferible es buscar una fórmula que lime vuestras asperezas.

Kar y Uver le miraron.

—Explícate —le dijo imperativo el primero.

Eler no se hizo de rogar.

—Cállate tú, Kar, el lamentable fallo del servicio de reactores, y tú, Uver, silencia el aquí excesivo orgullo de Kar. Así, correspondiéndoos mutuamente, ni uno ni otro seréis degradados.

—¡Por la bella Betta que en Fach nos espera sonriente, que has tenido una buena idea, Eler! —aceptó Kar. Y dirigiéndose al otro: —¿Encuentras tú impedimento?

—En absoluto —manifestó Uver. —Que Cer no se entere de lo mío. Lo demás... no me interesa.

—Abre, pues —susurró Eler. —No es conveniente que nadie sospeche el motivo de nuestra detención.

Uver apretó un oculto resorte y una ancha abertura surgió en la pared.

—Avante —les saludó otro hombre, vestido igualmente de blanco y con idéntica careta a las que ellos traían. —Algún percance temí al comprobar que no abríais la puerta del ascensor.

Uver le entregó la chaqueta de pieles de Kar, y Eler la suya.

—Cambiábamos impresiones —le comunicó este último. Y sin especificar más, inquirió: —¿Está dispuesta la pequeña cámara de aseptización corporal?

—En efecto —asintió el interpelado desde detrás de los chaquetones que medio le tapaban. —Acudid en el acto. No os arriendo la ganancia si se impacienta Cer.

Kar y Eler se quitaron rápidamente los guantes y los pantalones de piel, que todavía llevaban, los cuales, cuando los amontonaron en el suelo, dejaron ver otros guantes y otros pantalones, blancos, impolutos, muy estrechos, de la misma apariencia de los de Uver.

Uver, por su parte, estuvo mientras tanto haciendo girar una gran rueda que había frente al ascensor que acababan de dejar. Llegaba la tal rueda casi hasta el techo y tenía su eje perpendicular al plano de la pared, en la cual se introducía.

Una gruesa puerta, semejante a las de las cámaras acorazadas, principió a abrirse allí mismo.

—Adéntrate, Kar —mascculló Uver cuando apenas había abierto un resquicio por el que difícilmente el aludido cabría.

Kar, escurriéndose como una anguila, atravesó la puerta, con lo que se encontró en una reducida estancia desprovista de todo mueble, sin más objetos en ella que tres vástagos negros, cuya forma recordaba a los carretes de hilo, empotrados en una de sus cuatro paredes.

—Adéntrate, Eler —volvió a gruñir Uver.

Y Eler, igual que su compañero, deslizándose por el estrecho pasadizo, irrumpió en la cámara de aseptización corporal, seguido por Uver, quien, una vez en el interior, a! tiempo que el hombre que se había hecho cargo de las ropas de piel se alejaba con ellas, la cerró por dentro.

—Cer habla —oyóse de improviso una cascada voz, expresándose en el dulce y extraño idioma de que se servían los demás. —Atención.

Los tres hombres vestidos de blanco se alinearon rígidos ante los vástagos que sobresalían de la pared.

Un agudo silbido pareció brotar del techo y un gas amarillento, que era el que silbaba al salir a presión por la pared superior del recinto, los envolvió.

—Te felicito, Kar —continuó diciendo la voz. —Si tus mensajes han sido veraces, has cumplido con creces el trabajo que te encomendé. Sirva de estímulo a todo Fach.

—Veraces han sido, ¡oh, Cer! —repuso Kar, levantando el blanco índice de su diestra. —Los núcleos receptores aguardan tan sólo tu deseo para entrar en función.

—La impaciencia me corroe, te lo aseguro —comunicó el invisible Cer. —¡Ansió tanto enterarme de su grado de civilización! Pero no he de hacer actuar los núcleos hasta que no te halles en mi presencia.

—Sobrado premio a mi labor das, ¡oh, Cer! —levantó Kar nuevamente el dedo hasta la altura del cristal derecho de su careta.

—Mientras vuestros cuerpos quedan exentos de impurezas, resúmeme las huellas que en tu ánimo han dejado las

manifestaciones de la vida en... ¿Cómo lo llaman?

—La Tierra —respondió Kar. Y prosiguió: —No hemos de encontrar serias dificultades en su conquista. Sus años tienen trescientos y pico días y se rigen sin detectores y no alcanzan velocidades que puedan preocuparnos.

—¿Cuál de éstas es la mayor?

—En artefacto sin tripulantes, 10. 560 kilómetros por hora[1].

—¡Bah! ¿Altura...?

—320 kilómetros [2].

—No me inquietan. En cuanto que han comenzado a bucear en la atmósfera de *geocoronio*.

—Así es, ¡oh, Cer!

—Continúa.

—Sus armas de mano son ineficaces y, por lo que he colegido, las atómicas no son del dominio público.

-—¿Estás seguro?

—Ni una vez me han atacado con ellas, eso es cuanto a ciencia cierta sé.

—Prosigue.

—Las celdas que a nuestra arribada creímos incubadoras, son moradas dispuestas por pisos y con una entrada común. El orgullo no lo clasifican como nosotros, ya que los de atuendo blanco perenne no he visto que ocuparan encumbrada posición. Es más, diría yo que están para servir a los otros.

—Es increíble —carraspeó Cer en el extremo opuesto del oculto altavoz. —Tanto atraso es inexplicable en unos seres que ya han logrado la desintegración del átomo. Seguramente no has captado el significado exacto de ese matiz de su vida.

—Increíble a mí también me ha parecido, ¡oh, Cer! Pero aquí es así, o muy equivocado estoy.

—¿Cómo, pues, miden el orgullo entonces?

El interior de la cámara de aseptización corporal estaba ya invadido en su totalidad por la amarillenta nube formada por el gas que, sin cesar el fuerte silbido, salía por el techo a chorros.

—Sus lentos vehículos parecen ser la unidad de medida —opinó Kar, a juzgar por el tono de su voz, sin mucha convicción. —Por cierto, hay entre ellos unos, amarillos de color, que usan indistintamente cuantos se hallan en la incómoda posición que en Fach llamaríamos «por debajo de Zetar».

—¡Por Betta!... —salpicó la cascada dicción de Cer a los oídos de

sus interlocutores. —¡Qué idea se me acaba de ocurrir! ¿Repetirías a Aar lo que a mí me has revelado?

—Puesto delante del Tribunal —dijo Kar como dudando—, no lo afirmaría categóricamente, desde luego.

—Pues lo hagas o no, interesante encuentro el sistema. Poco he de poder, o he de implantarlo en Fach. ¿Os dais cuenta de los beneficios que a los Zetars reportaría la creación de unos vehículos similares a los de... cómo has dicho que lo llaman? Es un nombre tan extraño...

—La Tierra —repitió Kar mientras Uver y Eler, levantando sus respectivos índices también, asentían con la cabeza.

—Bien verdad es, ¡oh, Cer! —declamó Eler—, la LXXXII gota de sabiduría que nuestros genios destilaron: «No hay astro pequeño».

—¿Quién iba a decirnos que en éste habíamos de encontrar algo que nos fuera de provecho? —adujo Uver. Y remachó sus palabras con otras, de tan desmesurada alabanza, que tras ellas se hizo en la cámara un silencio ominoso y sólo se oyó el característico silbar del gas: —Merecías, ¡oh, Cer!, residir cómodamente en la sede de Aar.

El silbido no era ya tan intenso como había estado siendo. Sin duda estaba la cámara de aseptización tan repleta de gas, que frenaba la entrada de más.

—Prosigue, Kar —ordenó Cer por fin.

—Al instante, ¡oh, Cer! —levantó el dedo índice, como siempre que hablaba. —En la atmósfera, ya lo intuyó tu maravillosa sapiencia, pululan millones de millones de impurezas. A los terrícolas, no obstante, no parecen producirles molestias, pues que las inhalan como si tal cosa y hasta las ingieren con los alimentos.

—A la larga, sin remedio han de resentirse sus organismos. Juzgad por el color que aún conserva el fluido que os rodea y no tendréis más remedio que darme la razón. Habéis traído al Gan X impurezas suficientes para anular a todo Fach.

—Es que he estado en regiones llanas, donde el aire es francamente irrespirable —dijo Kar. —Con decirte que si proyectaba la vista a dos pasos de mí, apenas veía el suelo...

El silbido cesó de repente. La cámara de aseptización estaba por completo anegada de gas, en el cual, dicho sea de paso, no se advertía variación alguna en lo referente a su amarillenta tonalidad.

—Por paradójico —siguió Kar diciendo—, resulta curioso observar que las zonas de relativa pureza están habitadas por pequeñísimos núcleos de población. Así, en el contorno del Gan X no hay más que ocho...

—Eler sabe de eso más que tú —le interrumpió Cer. —El ha recorrido a pie toda la zona y se ha unido a ti en el punto 102 de: sector 6-C9, para que lo trajeras en tu reactor. Y ha remitido correctamente sus mensajes. Conque prosigue y no divagues, que el fluido comienza a aclararse.

Efectivamente, el amarillento gas perdía a ojos vistas su primitiva tonalidad y. como si la cámara se fuese vaciando, se iba haciendo invisible.

—Una interrogación concreta basta para darte gusto, ¡oh, Cer! —replicó Kar.

— ¡Háblame de ellos!... —mandó el aludido con cierta mal disimulada emoción en la voz. —Me resisto a creer lo que de sus horribles rostros comunicásteis.

—Es cosa que, por mi parte —encogióse de hombros Kar—. Dispuesto estoy a ratificar ahora.

—Digo igual, ¡oh, Cer! —habló Eler. —Pocos habitantes de la Tierra he visto, más...

— ¿Es que se ve y todo? —saltó con desusada energía la voz del altavoz.

—Naturalmente —repuso Eler.

—Podrás comprobarlo en cuanto los núcleos se pongan en marcha —prometió Kar.

— ¡Es asombroso! Me imaginaba... No sé... Algo interno... Y hasta supuse que era solamente una apreciación vuestra, que bien podía ser errónea.

— Pues no hay tal —dijo Eler.

— ¡Pobrecillos! —se lamentó Cer.

—No tiene la cuestión vuelta de hoja —terció Kar. —Sus rostros son indeformables.

— ¡Qué horror! —tembló ostensiblemente la voz del anciano.

—No pueden modelar sus facciones a voluntad.

—Permanecen siempre con la misma cara.

—Muchos miles de estos seres extraordinarios he visto en el desempeño de mi misión —dijo Kar como presumiendo. —Capacitado por tanto estoy para afirmar que todos poseen una inusitada semejanza en sus rasgos.

— ¿Cómo se distinguirán entre sí?

—Lo ignoro, ¡oh, Cer! —confesó Eler. Y después, a modo de disculpa: —La misión que me encomendaste no me ha hecho adquirir tanta experiencia como a Kar.

Este, antes de levantar su dedo, permaneció una fracción de segundo en silencio, como reflexionando.

—Oigamos lo que piensas —le metió prisa Cer.

—Puede... —dudó Kar al responder— que se valgan para conocerse de unos ropajes, de diversos colores, que llevan encima del cuerpo.

— ¿Varían, al menos, la forma de éste?

—No he visto de ninguno otra cosa que lo que al descubierto dejan sus ropas. Pero es obvio que, no pudiendo cambiar su fisonomía, menos ha de serles posible mudar su contextura.

Toda la cámara de aseptización parecía ya vacía de gas.

—Acudid a mí, orgullos de Fach —llamóles Cer por el altavoz. —Asépticos os espero en mi litera. Antes de dormir, hemos de fraguar la conquista de la Tierra. A Eler le modelarán el rostro de...

Kar, Eler y Uver avanzaron en este momento hasta casi pegarse a la pared donde estaban los vástagos, en los cuales, arrancándoselas de sendos tirones, colgaron sus respectivas caretas.

Luego, con movimientos perfectamente sincronizados, diéronse media vuelta y dejaron ver sus caras, horrendas masas deformes, monstruosas, que parecían pellas de barro color carne, con tan sólo dos minúsculos orificios marcados en ellas, los ojos, de cuyas azuladas pupilas emanaba un brillo siniestro, amenazador, capaz de congelar el espíritu del más templado.

CAPÍTULO II

LA FOTOGRAFÍA MISTERIOSA

RÉCOSTADO en su litera, el comandante Dowel, Allan Dowel, recién nombrado jefe de Fort Liking, a unos quinientos kilómetros del Polo, revisaba con gran interés una serie de fotografías que le mostraba un muchachote fuerte como un cañón, el teniente observador Forecast, Rock Forecast, que estaba sentado junto a él sin ocultar la satisfacción que le había causado conocer que su nuevo superior, amén de aficionado, era un experto en el arte fotográfico.

—Vea esta obra, Dowel —dijo poniéndole al comandante una de las fotografías delante de los ojos.

—¡Magnífica! —exclamó Dowel con admiración. —Está estupendamente lograda, Forecast. Tiene relieve. Han captado ustedes los suavísimos matices del hielo de manera magistral.

Cogió la brillante cartulina y alargó el brazo.

—Estos picachos tienen vida —alabó con los ojos entornados. —Me parece estar viéndolos a lo lejos, a través de una ventana. Mire este desfiladero —lo señaló con el dado. —Da la impresión de que la uña puede llegar más allá del plano de la fotografía.

La miró otro momento y luego la depositó en la mesita de noche, donde las amontonaba según las iba viendo, junto al teléfono,

—Pues prepárese ahora, Dowel —le avisó Forecast quien sostenía en una mano un grupo de retratos. —Si la anterior le ha gustado tanto, la presente le va a elevar al cubo la admiración.

El comandante cogió la nueva fotografía y lanzó un silbido que demostraba hasta qué punto el teniente había acertado.

— ¡Qué idea! Virada en azul, y desde un ángulo que da vértigo. ¿Es usted el autor?

—No —se sonrojó el muchacho al ver que el comandante había clavado los ojos en él—. Es...

—Ya —dijo como de pasada Dowel, volviéndose a medias para dejar la fotografía en la mesilla— Miss Dark.

—En efecto —balbuceó Forecast—. Lo que no sé es cómo ha podido acertarlo. Mañana lleva usted aquí tres días.

— ¡Pero, amigo!... —sonrió el comandante Dowel. ¡Si se le nota a la legua que está enamorado de ella!

Rock Forecast se rasgó la cabeza con furia.

—Está equivocado, se lo aseguro.

—Cuando hace un rato salimos al exterior para ver aquel extraño bólido blanco —siguió diciendo el comandante—, miss Dark y su hermano estuvieron junto a usted ¿se acuerda?

—Sí..., creo que sí. ¡Qué raro es mister Dark ¿verdad? ¡Tan...!

Los ojos de Allan Dowell lanzaron unas chispitas tan juguetonas, que su dueño apartó la vista del azorado teniente y se puso a buscar la pipa mirándose al pecho.

Forecast, perplejo, se devanaba los sesos tratando de adivinar las intenciones de su jefe, el cual, con la pipa entre los dientes ya, le espetó una pregunta desconcertante:

—¿Qué cargo desempeña en Fort Liking usted?

—Observador —pestañeó el teniente, encogiéndose levemente de hombros.

— ¡Teniente Forecast! —gritó de pronto el comandante, saltando fuera de la litera—. ¡Le ordeno que me describa el aspecto que tenía el bólido!

Sueltos los muelles del pasmo, el interpelado se puso en pie y se cuadró.

—Yo... Verá...

El comandante Dowel se dio abiertamente.

— ¡Vaya un observador que está usted hecho! —le dijo de buen humor—. Pero siéntese, hombre, siéntese —añadió al ver la cara de sorpresa que había puesto su subordinado—. ¿No sabe seguir una broma? Debía haberme contestado: «¿Qué bólido?», porque, lo confiese o no, usted ni siquiera lo vio.

Aliviado, mientras Dowel encendía la pipa, Forecast se dejó caer en su asiento.

—Iba tan rápido —rezongó en son de excusa—, que no resultaba sencillo seguirlo con la vista.

—¡Bah! —concluyó el comandante, entre chupada y chupada—. Diga mejor que no quitó ojo a miss Dark en todo el rato.

Unos golpes en la puerta de la habitación atrajeron hacia ella la atención de los dos hombres.

—Adelante —permitió el comandante Dowel.

Entró el sargento Purcer.

—Señor —dijo cuadrándose, el bólido se alejó

a una velocidad que no ha sido posible determinar con exactitud.

—¿Aproximadamente?

—Eso sí, señor. A unas ocho veces y media superior a la velocidad del sonido.

El teniente Forecast, como diciendo: «Lo que yo decía», hizo un gesto de suficiencia.

—En las evoluciones que llevó a cabo sobre Fort Liking —continuó informando el sargento—, se desplazaba a menos de treinta kilómetros por hora.

El comandante soltó una densa bocanada de humo hacia donde estaba Rock Forecast, y éste, visiblemente azorado ante la plancha que se acababa de tirar, ya que, en efecto, por no haber apartado su atención de miss Dark, ni siquiera había levantado a lo alto la cabeza para ver al bólido, al cual, sólo por ser «bólido», como todos lo llamaban, atribuyóle la cualidad de alcanzar siempre velocidades prodigiosas, trató nervioso de depositar las fotografías que todavía tenía en la mano, en la mesilla de noche.

Alargó el brazo, pues, y, sin que él mismo supiera cómo sucedió, el caso fue que las soltó antes de que tuvieran debajo la superficie de la mesita y se las dejó caer al suelo, donde se desparramaron como las cartas de una baraja.

Aumentado su nervosismo, se agachó corriendo a recogerlas.

—Teniente Forecast —le dijo el comandante Dowel, acudiendo en su ayuda—, el caso no es para tanto. También yo —convirtió la voz en un susurro para que el sargento no lo oyera— estuve enamorado de la que hoy es mi mujer.

—¿Me permite, señor? —pidió el sargento Purcer al ver que el comandante, agachado igual que el teniente, se había puesto a buscar en su compañía las fotos.

—No vendrá mal que eche un vistazo por debajo de la litera —consintió Dowel, levantándose con un grupo de fotografías en la mano—. Oiga, teniente, ¿qué es esto?

El comandante apuntaba con la pipa la fotografía que se había quedado en la parte superior de su montón.

Forecast se puso en pie y se acercó a verla.

—Es la cadena montañosa que circunda el polo.

El retrato había recogido unos altos picachos, puntiagudos, que parecían flechas apuntando a las nubes.

—¿Está seguro? —inquirió el comandante, como si dudara de lo que le habían dicho—. Fíjese bien… teniente observador.

—Sí, señor, estoy seguro —habló el aludido con cierta timidez,

pues no le había pasado desapercibida la ironía que su jefe empleara—. Esa clase de observaciones sí que las realizo de manera normal. Además, la fotografía esa la saqué yo mismo.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Quince días justos.

—¿Antes de comenzar el deshielo?

—Así es. Dos días antes de que el comandante Presly cayera enfermo. El sargento Purcer vino conmigo.

—Acérquese —le mandó el comandante Dowel—. ¿Reconoce usted este paisaje?

El sargento Purcer alargó el cuello.

—Sí, señor —corroboró orgulloso—, lo reconozco. Ese que hay ahí de espaldas a la cámara, soy yo.

Efectivamente, en un ángulo del retrato, confundiéndose casi su blanco equipo polar con la inmaculada albura de la nieve virgen, había un hombre.

El comandante no dijo nada de momento. Se había puesto serio y tenía los ojos entornados, como si mirara sin ver. Luego se quitó la pipa de la boca y preguntó:

—¿Está sacada en la ruta habitual de las expediciones?

—Naturalmente —asintió el teniente Forecast, como si fuera cosa que se cayera de su peso—. No suelo perder tiempo separándome de ella.

—Ustedes —afirmó el comandante Dowel, como dándolo por descontado— conocen los nombres de todas estas montañas heladas.

El teniente y el sargento asintieron en silencio.

—Yo también —les fulminó Allan Dowel con un tono adusto, como desafiador, que dejó en el ánimo de sus subordinados una gota de hielo.

Durante más de cinco segundos se mantuvieron todos en silencio, sin apartar los ojos de la cartulina.

—Forecast... —dijo de improviso el comandante Dowel, y se detuvo mordiéndose la lengua.

— ¿Qué hay?

—Nada, nada —farfulló, fumando a todo fumar.

Tanto humo salía de la pipa, que la atmósfera de la habitación amenazaba con hacerse irrespirable.

— ¡Sargento! —ordenó de súbito el comandante con innecesaria brusquedad— ¡Tráigame una lupa!

—A la orden, señor —acató el sargento Purcer, desapareciendo por la puerta como una flecha.

Rock Forecast, de pie junto al comandante de Fort Liking, miró con suma curiosidad la cara de aquel hombre, que tan pronto gastaba bromas como se ponía terriblemente serio.

Sus facciones, cruzadas por ligeras arrugas, tenían una nobleza de líneas que atraían. Era la suya una de esas caras que, sin que se sepa el motivo, puesto que no hay en ellas nada extraordinario, resultan simpáticas.

Sin saber lo que se podría llamar viejo, tenía entrecano el pelo; la frente, ancha sin exageración; ligeramente arqueadas las cejas, canosas como el cabello; azules los ojos; recta la nariz; una boca firme, de labios más bien gruesos, y un mentón partido que denotaba un temperamento eminentemente luchador.

Ese era el comandante Allan Dowel. Un hombre no muy alto, pero de recia complexión, cuyo único vicio era el de fumar pipa tras pipa, con la consiguiente alarma de los habitantes de Fort Liking.

Fort Liking, es el más importante y avanzado puesto topográfico militar que América, en su constante estudio del terreno y de la climatología del eje del Globo terráqueo, ha fundado en plenos hielos.

Visto por fuera, Fort Liking es tan sólo una metálica torre-antena grisácea, profundamente clavada en el suelo y a él sujeta por fortísimos cables de acero.

Y decimos que no es más que eso, por la sencilla razón de que, sin saberlo de antemano, muy sagaz tendría que ser el mirón que descubriese los cinco cobertizos que encierran cuatro vehículos especiales, tipo oruga, y un helicóptero, los cuales, sin embargo, están alineados al pie de la mentada torre, pero tan recubiertos por la nieve, que se confunden con simples montículos.

Fort Liking es subterránea, mejor dicho, está construido debajo del hielo, motivo por el que no se ve desde arriba. Aunque puede parecer otra cosa, en sus dependencias no se nota frío, sino, por el contrario, un agradabilísimo calor que permite a sus ocupantes desenvolverse a las mil maravillas.

Consta de tres pabellones. El A, que podríamos llamar de oficiales, puesto que en él se encuentran sus alojamientos, con un anexo: el de invitados, llamado así a causa de que se reserva exclusivamente a las personas ajenas al Campamento, pero que, previa autorización del Alto Mando, residen en él.

A la sazón, bueno será irlo diciendo de paso, viven en dicho

pabellón dos personas, a saber: el profesor Lois Dark, miembro de la Polar Scientific Investiga- tion, y su hermana Stella, secretaria, colaboradora y hasta un poco enfermera de su estudioso hermano mayor, prematuramente envejecido.

El pabellón B, lo integran la estación radiotelegráfica, la instalación de radar y la enfermería; tiene otro anexo, dividido en dos: un laboratorio que tanto puede usarse para investigaciones químicas o biológicas como para prácticas fotográficas, y el armero.

El pabellón C, comprende el almacén de víveres y depósito de herramientas y demás útiles indispensables para hacer una vida realmente normal en aquellas latitudes, tales como raquetas, patines y equipos aisladores; luego, incluido en el citado pabellón, está el dormitorio de los soldados y la cocina.

Fort Liking es una verdadera ciudad en miniatura. Una ciudad en las que no falta su «cine» y en la que abundan las diversiones, ya que, cuando las ocupaciones de cada cual se lo permiten, sus ocho habitantes pueden entretener sus ocios con infinidad de juegos de salón, o apaciblemente dedicados a la lectura, que tampoco libros faltan en Fort Liking, o escuchando música en la radio.

Inmóvil como una estatua humeante, Allan Dowel aguardaba impaciente la vuelta del sargento Purcer con sus azules ojos clavados en la fotografía.

La pipa en la comisura de los labios era como una chimenea de una fábrica en plena actividad.

El teniente Forecast no se había movido tampoco. Parecía como si el inescrutable rostro del jefe de Fort Liking le hubiese hipnotizado.

Hacía solamente tres días que el comandante había llegado de Washington, donde le habían nombrado para sustituir al anterior, pero en aquel poco tiempo, demostrando a las claras que sabía ser amigo de los hombres que estaban bajo su mando, y que los hubo reunido a todos en el laboratorio, afirmó que fuera del servicio se llamaba Dowel a secas y que estaba dispuesto a jugar con el primero que se presentara una buena partida de damas, cosa que llevó a efecto con Freddy Singsong, un negro de Harlem que, a más de cocinero de Fort Liking, era el encargado del almacén de víveres.

—Juega usted mucho, señor comandante mister Dowel —habíale dicho al final de la partida Freddy, con su típica inflexión de voz, dejando bien patente que se había hecho un taco con el inusitado deseo de que le apearan todo tratamiento. Y entre el coro general de carcajadas con que sus palabras fueron acogidas, como si

quisiera arreglar lo anteriormente dicho, añadió Singsong tragando saliva: No vuelvo a jugar contigo, Allan.

Después parpadeó frenéticamente y se escabulló a la cocina.

—Tenga la lupa, señor —entró el sargento Purcer en la habitación de Dowel.

—Vamos a ver… murmuró éste al ponerla sobre la fotografía—. ¿Teniente, quiere decirme cómo se llama la montaña que hay en el centro?

Forecast tomó la lupa y miró a través de ella con desgana, pues estaba seguro de conocer el nombre con que había sido por ellos mismos bautizada la eminencia que el comandante le mostraba.

— ¿Esta? —preguntó, no obstante, poniendo un dedo sobre una de las montañas nevadas.

—No, la de la derecha.

El sargento Purcer, como le pareciera que el teniente dudaba, se le acercó.

— ¡Dios mío! —gritó repentinamente Rock Forecast, echando a correr hacia la puerta del cuarto—. ¡Vayamos en seguida a buscar al profesor Dark!

El comandante Dowel le siguió, y el sargento, como contagiado por la actividad de sus superiores, de un salto se plantó en el pasillo central de Fort Liking, iluminado, como todo él por potentes lámparas de petróleo.

En el exterior, la ventisca había alcanzado proporciones increíbles, y los cables que sujetaban la torre- antena, al ser azotados sin piedad por el viento, chirriaban al bambolearse.

CAPÍTULO III

LOS NÚCLEOS DE FACH ENTRAN EN ACCIÓN

EN una especie de cama turca, reclinado el cuerpo en muelles almohadones, aquel hombre de rostro feísimo parecía estar continuamente sacándose de la boca una porción de goma de mascar, la cual, al extender él el brazo, se combaba.

Pero no era «chiclet» lo que con tanta fruición estiraba: ¡Era su propio labio inferior!

Es decir, la músculomembranosa zona de la cara donde tal labio debía estar situado, ya que, a decir verdad, ni remotamente se advertía en ella el citado repliegue.

Ni tampoco el labio superior. Ni nariz. Ni los ojos. Aquella cabeza, de híspida y revuelta pelambrera, como si hubiese sido picada a mansalva por un enjambre de enfurecidas abejas, no era otra cosa que una brillante y abotagada masa de carne espantosa y rojiza

Con un ritmo enloquecedor, aquel hombre de pesadilla alejaba y acercaba una y otra vez su mano, llevando y trayendo siempre entre los dedos la nauseabunda tira que sostenía.

A su derecha, en un velador, había una gran caja pintada de blanco, muy aplastada, que sobresalía ampliamente de la superficie de la mesita; algo más allá, en la pared de la habitación del mismo lado, colgaba un raro calendario circular, cuya faldilla, con una sola hoja, estaba llena de triángulos de colores alternados.

Esquinado, en un rincón, casi justamente frente a la cama, una especie de rústico armario de luna atraía en seguida la atención. Porque es que, además del imperfecto aspecto de su acabado, la luna de dicho armario no reflejaba las imágenes que tenía en derredor. De cristal esmerilado, hubiérase podido decir que era.

Un rizado chorrito de humo salió de la caja del velador por sí solo y se expandió por la estancia.

El hombre que yacía en el lecho no dio muestras de haberse enterado del acontecimiento.

Sin alterar lo más mínimo el monótono compás con que movía su brazo, permaneció, al tiempo que un nuevo chorro de humo se elevaba de la blanca caja, descorrióse una trampa alargada.

—Avante, orgullos de Fach —murmuró entonces con cascada vocecilla el individuo de la litera.

Y dejando de tocarse la cara, abrió unos ojillos de pupilas azuladas, de extraordinaria viveza, comparada con el temblor que sus palabras habían acusado.

Las monstruosas cabezas de Kar, Eler y Uver surgieron por el hueco del suelo a toda velocidad, y tras ellas, como es natural, sus respectivos cuerpos vestidos de blanco.

Pero todo fue velocísimo, vertiginoso, relampagueante. Fue como si los hombres de Fach hubiesen aparecido en el cuarto por arte de encantamiento, o como si se hubieran materializado en el aire.

Con tan veloz subida, parecía imposible que no hubiesen perdido el equilibrio. Sin embargo, de pie en la plataforma que ahora cerraba la trampa, todos tres estaban rígidos, inconmovibles, pétreos.

—Gracias, ¡oh. Cer! —habló Kar, levantando el índice—. Esperamos de tu benevolencia para que disculpes las faltas que tengamos la desdicha de cometer.

Fijos los seis ojos en los del hombre echado, sus hieráticos rostros desiguales aumentaron aún más, si cabe, su pavorosa fealdad estrambótica.

—Merecido castigo os impondría —contestó el anciano Cer con marcado sonsonete—. Podéis acercaros.

Con movimientos francamente automáticos, Kar y Eler por el lado izquierdo de la cama y Uver por el derecho, obedecieron sin rechistar.

Cer alargó el brazo hacia el velador.

Uver levantó un dedo.

—Habla —ordenóle el viejo.

—¿Aviso a la bella Betta que en Fach nos espera sonriente? —dijo con suprema timidez.

—Avisa —volvió a mandar Cer.

Uver, tragado por otra trampa parecida a la que le había llevado allí, desapareció con tan escalofriante rapidez como si se hubiera desintegrado.

Cer, continuando el ademán que con su brazo había iniciado, llegó al velador con los dedos y tocó un ángulo de la caja blanca.

Tal vez por haber en ésta algún oculto resorte o conmutador, una verdosa claridad brotó en el acto de la bruñida luna cuadrada del armario y tiñó toda la habitación.

Cer suspiró.

—Veintitrés largos años llevamos surcando el Cosmos infinito... —declamó despaciosamente después, haciendo aspavientos al hablar—. Errantes de constelación en constelación hemos vagado tenaces. Buscando y buscando en las profundidades del éter un astro donde poder trasladar la pujante y esplendorosa civilización del seco Fach, por fin la fortuna comienza a mostrársenos propicia. Con una audacia que al mismo Aar sorprende, cuando a duras penas dispondremos de energía para volver a nuestros patrios lares con la noticia del triunfo, que ha de aumentarnos el orgullo, henos aquí, en este insaludable cuerpecillo celeste, purificando ya su contaminada atmósfera con nuestro poderoso fluido.

Se detuvo, entornó sus ojillos, que brillaban como con alegría a los lados de su cabeza fenomenal, y estiróse un par de veces el labio inferior.

—Siento embotada mi mente —prosiguió diciendo—.El sueño pugna por apoderarse de mí; pero he de permanecer en mi puesto hasta que la suprema hora de la victoria sea sonada. El sacrificio...

De la caja blanca del velador salió un chorro de humo.

—Avante —gruñó Cer, interrumpiéndose.

—Gracias, ¡oh, Cer! —dijo Uver, apareciendo de nuevo en el sitio que antes de marcharse ocupara—. Espero de tu benevolencia para que disculpes las faltas que tenga la desdicha de cometer.

—Merecido castigo te impondría —recitó el anciano con cierto malhumor en el tonillo. Y agregó: Las máquinas clasificadoras están prestas, los cerebros automáticos aguardan. Dejémoslos que asimilen el estado en que se encuentra la civilización de los indefensos habitantes de la Tierra.

Así diciendo, plantó la mano con la palma dirigida hacia abajo en la caja del velador.

Hubo en el armario un a modo de centelleo y, después, como entre parpadeos de la luz hasta que la imagen se aclaró, el cristal esmerilado captó una escena terrestre.

Una mujer de suave belleza, sentada en una butaca en una habitación de una casa, con un libro que tenía apoyado en las rodillas, enseñaba a leer a su hijito, un niño de unos cinco años, el cual deletreaba con manifiesta desgana.

Los ojillos de Cer brillaron interrogadores.

—A eso, ¡oh, Cer! —levantó el índice Kar—, lo llaman mujer. Salvando las distancias, viene a ser una especie de bella Betta, la que en Fach nos espera sonriente.

—¿Será lo pequeño entonces un hombre disminuido?

Quizá —dudó Kar evasivo.

—Oigamos lo que esas horribles criaturas se están comunicando —dijo el anciano.

Como si sus palabras hubieran sido escuchadas por algún invisible y diligente servidor, instantáneamente llegaron a la habitación las voces de la señora y del niño.

Vamos, Mickey —decía la dama, haciendo un mohín—, presta atención. Ya sabes que no me agrada que te distraigas.

—Sí, mamaíta —asentía Mickey.

Veamos. La T con la I, TI. A ver si eres capaz de repetirlo tú solito.

La T con la I... TI. ¡Anda!... ¿Qué quiere decir eso?

La mamá pestañeó.

—No quiere decir nada —explicó poniendo al niño una mano en la cabeza—. TI no es más que una sílaba.

Ahora fue Mickey el que pestañeó.

—¿Qué es «síbala»? —quiso saber.

—Son las letras que se pronuncian de una vez ¿me entiendes? Por ejemplo...

Mickey afirmó sin vacilar.

—Ya —interrumpió con graciosa suficiencia—. Por ejemplo, papá.

—No —le corrigió la mamá—. Para decir «papá», pronuncias «dos» veces la sílaba «pa».

—También se puede decir en una sola «síbala» —replicó el niño —. Tú misma se lo decías antes a papá.

— ¿Cómo voy a haber dicho yo eso?

—Dijiste: «Papá, te lo digo de una vez... »

La señora sonrió.

— Eso es distinto, Mickey. Yo me refería...

—Bueno, ¿y si lo digo muy de prisota, muy de prisota? Así, mira: ¡Papá! ¡Papá!!

—Tampoco, hombre, tampoco. No te distraigas y sigamos, que ya falta poquísimo para que te vayas al Colegio y no te vas a saber la lección. La T con la O TO. Dílo tú ahora.

—La T con la O..., TO.

—Muy bien. Adelante.

—La T con la U... Oye, mamaita, ¿por qué...?

—Termina de una vez. Luego me preguntarás lo que quieras.

—La T con la..., TU.

—Sigue.

—Mi tío Timoteo tenía la tapa de tu tinaja. ¿Qué es tinaja?

—Una vasija grande. Prosigue.

El pequeño agachó la cabeza y, bien que mal, más mal que bien, con alguna que otra corrección por parte de la mamá, acabó de leer las escasas líneas que formaban la lección.

—¡Muy bien! —le animó, no obstante, la señora. ¿Ves...? Así da gusto; sin embargo, cuando te pones pesado...

Cerró el libro y se lo tendió a Mickey.

—Toma —le dijo—. Dame un beso y ve ya al Colegio.

Mickey, sin ocultar la alegría que le causaba abandonar de momento sus «intrincados» estudios, cogió el libro, dio un sonoro beso a su mamá y se fue corriendo del cuarto cuya puerta, que se veía a un lado, cerró de fuerte portazo.

Al verlo, Cer se puso en pie de un salto.

— ¡El núcleo, el núcleo...! —gritó sin apartar la vista de las imágenes.

Uver colocó un dedo sobre la caja del velador.

La solitaria mujer, sentada aún, poniéndose las manos en las sienes, se levantó de la butaca con inexplicable precipitación.

— ¡Mickey!... ¡Mickey!... —llamó a gritos—. ¡¡Mickey!!...

La vocecita del niño oyóse detrás de la puerta.

— ¡Ya voy mamaíta!

Transcurrió un segundo que, a juzgar por el semblante de la señora, debió resultarle larguísimo a ella.

—¿Qué quieres? —preguntó algo extrañado Mickey al entrar—. Ya me iba.

En efecto, traía con él una cartera de colegial, en donde no había tenido tiempo de meter el libro todavía

—Dámelo... No lleves hoy libro... Que te preste un amiguito el suyo...

— ¡Pero, mamá...!

—Obedece —le ordenó la señora.

Y tal autoridad había en su tono, que el niño, un tanto asustado, dándose cuenta de que era inútil insistir, se volvió a marchar sin siquiera acordarse de llorar.

Agudo psicólogo, también se guardó muy mucho de dar en aquella ocasión los portazos que solía.

La mamá, como si estuviera cansada a más no poder, tornó a tomar asiento. Con la perplejidad retratada en el rostro, se quedó mirando a la pared.

Sus ojos parecieron dirigirse a Cer, a quien, naturalmente, no podía ver. Por fin, como vencida, bajó la cabeza y abrió el libro por la primera página. Se le había despertado un irreprimible afán de leer en alta voz la elementalísima enciclopedia de Mickey.

Cer, junto con Kar, Eler y Uver, observaron los movimientos de la boca de la mujer terrestre y escucharon las frases que pronunciaba.

No entendían su idioma, pero no les importaba. Los cerebros automáticos y las maquinas clasificadoras se encargarían de enseñárselo después. Todo lo que aquella mujer leyera o dijera, perfectamente clasificado por las máquinas, seria desentrañado con facilidad, y luego, sin trabajo alguno por su parte, los hombres de Fach que se pusieran en contacto con los cerebros, adquirían cuanta ciencia éstos les transmitieran.

El horripilante Cer, visto lo para él interesante, es decir que el núcleo estaba funcionando, extendió el brazo y rozó la gran caja blanca que sobresalía de la mesita.

Centelleando de nuevo la superficie del aparato televisor, las imágenes dejaron de verse.

—Veraces fueron tus mensajes, Kar —habló el anciano, envuelto en la luz verdosa—. Escalofriado aún por el recuerdo de la espantosa visión que gracias al primer núcleo de Fach nos ha sido posible captar, repito mis parabienes.

—Gracias, ¡oh, Cer! —inclinóse Kar.

—Veamos otro núcleo receptor ahora —siguió diciendo el viejo. Que todas las máquinas y todos los cerebros trabajen a un tiempo.

Apoyó la palma de la mano en la caja del velador y, con idéntico centelleo, aconteció lo mismo que la primera vez.

Cuando las imágenes se aclararon, en el esmerilado vidrio quedó enmarcado con asombrosa claridad un gabinete lleno de hombres que se movían de acá para allá

—¿Qué harán? —preguntó Cer, al ver que algunos de aquellos seres de la Tierra, provistos de unos extraños aparatos, cuyo uso no acertaba a determinar, se echaban de vez en cuando para atrás y, como enfocando a otro hombre, a quien los demás rodeaban, encendían una luz blanca y brillantísima delante de su cara.

No obtuvo respuesta el espantoso viejo. Ni siquiera el no menos espantoso Kar, que había sido el encargado de esparcir los núcleos

por el mundo, tenía idea del significado de las maniobras,

—Oigamos cómo se expresan —dijo acremente Cer, en son de tajante orden.

En el acto fue audible la animada conversación que sostenían los hombres del gabinete.

—... amable de vulgarizar unas palabras sobre radiactividad, mister Tackel —decía uno de ellos, dirigiéndose al que todos estaban rodeando—. Los lectores del «Daily Periodícal» se lo agradecerán.

—¡Y nosotros también! —dijo muy serio otro. Y añadió algo que fue acogido con grandes risas: ¡Y si quisiera decirnos un poco de la fórmula de la bomba de cobalto, miel sobre hojuelas!

—Creo que me concede usted mayor importancia que la que tengo —le contestó mister Tackel, mostrando al reírse un colmillo de oro—No obstante, de la fórmula de la bomba de cobalto puedo decirle, con carácter de exclusiva, algo... interesantísimo.

¡Soy todo oídos! —exclamó el periodista, enristrando su lapicero.

—Que no me la sé.

Varios fotógrafos, dando un paso atrás, hicieron funcionar sus respectivas cámaras y deslumbraron a mister Tackel con los fogonazos de magnesio.

—Podría decirles muchas cosas de la radiactividad —miró mister Tackel al techo, como dudando—, pero desconozco lo que para ustedes puede resultar interesante de esta compleja cuestión.

—¿Qué es la radiactividad? —inquirió el del «Daily Periodical».

—¡Vamos, amigo!... —quiso evidentemente interrumpir la respuesta el chasqueado periodista anterior. Pregunta cosas más interesantes. ¡Eso lo sabe ya todo el mundo!

—Algo menos será —terció otro periodista, apartando de delante al interruptor—. Además, no tenemos ocasión todos los días de ser recibidos por el Premio «Magnificent Atom», conque lárgate y déjanos en paz. Diga, mister Tackel, por favor.

—No sé. No sé... —apoyóse modestamente el aludido en la mesa de su gabinete de trabajo, un amplio cuarto que rezumaba libros por todas partes, que era donde, de pie, se encontraba—. Imagínense un trozo de hierro caliente. Es un decir, como comprenderán. Pues bien, supongan ahora que siguiera emitiendo radiaciones caloríficas sin haberlo expuesto previamente al fuego. Becquerel, allá en 1869, descubrió que el uranio, sin necesidad de excitación alguna, originaba unos rayos muy parecidos a los que

Roentgen, en sus famosísimos y archiconocidos rayos X, había descubierto el año anterior.

—El año anterior —repitió el reportero del «Daily Periodical», que estaba, como los restantes, copiando cuanto mister Tackel les decía.

—Estos rayos —continuó éste explicando—, estas radiaciones, mejor dicho, diferenciándose de las caloríficas que antes decíamos, las cuales, comparadas con ellas, podríamos llamarlas «de juguete», pueden ser separadas en tres modalidades de rayos, que se nombran con las primeras letras del alfabeto griego.

—¿Cómo puede verificarse esta separación?

—Mediante poderosos campos magnéticos o eléctricos.

—¿Qué características tienen esos rayos?

—¿Cuáles?

—Los alfa, por ejemplo.

—Poseen carga eléctrica positiva. Su masa es igual a la del átomo de helio, o sea, cuatro veces mayor que la del átomo de hidrógeno. Su velocidad, de unos 20. 000 kilómetros por segundo.

—¿Los rayos beta?

—Estos tienen carga negativa. Su velocidad oscila entre los 100.000 kilómetros por segundo y los 300.000 de la luz.

—¿Su masa es igual a la de los anteriores?

—No —denegó con la cabeza mister Tackel—, Su masa es 1840 veces más pequeña que la del átomo de hidrógeno.

—¿Ha dicho 1840? —preguntó el del «Daily Perio- dical»—. Perdone, pero es que no me gustaría cometer un error.

—Sí. 1840. Uno, ocho, cuatro, cero.

—¡All right! Háblenos, por último de los gamma.

—Son, digamos parecidos, a los rayos X, cuyo poder penetrante, como no ignoran, es grandísimo. Estos rayos gamma emiten una emanación, que así la llamó Rutherford, su descubridor.

—Olvida decirnos qué carga tienen, mister Tackel —levantó la mano un reportero.

—Y la masa —adujo otro.

—No las he citado sonrió el Premio «Magniflcent Atora»— porque los rayos gamma no tienen ni una cosa ni otra. Ni carga, ni masa.

Cer, quitando sus azulados ojos de la pantalla televisora, se encaró con el rígido Uver, cuyo deforme rostro, al resplandor que del aparato salía, multiplicaba su repulsiva apariencia de barro

rojizo.

—Que actúe el núcleo —le ordenó, arto de estar escuchando, sin enterarse de la misa la media, lo que aquellos hombres decían en su idioma.

Uver apoyó un dedo en la caja del velador. No había en ésta nada de particular. Su superficie, salvo un orificio cuadrado, casi inapreciable a simple vista, no tenía ni botones, ni pulsadores, ni nada. Los efectos que producía en el aparato de televisión dependían exclusivamente de la presión que sobre ella se ejerciera.

Y la presión ejercida por Uver debió ser la precisa para conseguir lo que los hombres de Fach deseaban.

Cuantas personas había en el gabinete, dejando los fotógrafos sus máquinas en el suelo y guardándose los restantes las plumas y lápices y cuartillas en los bolsillos. se llevaron las manos a las sienes rápidamente.

—¡Caray, que cansado estoy! —se quejó mister Tackel, tambaleándose.

—¡Uf¡... —exclamó el del «Daily Periodical», sentándose en el suelo. —¡Yo también...!

—Si leyéramos —opinó otro periodista, apoderándose de uno de los libros que había sobre la mesa—, descansaríamos.

—¿Quién le ha dado permiso...? —comenzó a decir enfadado su dueño. Pero se detuvo, cambió de tono, se llevó la mano a la frente, parpadeó y siguió hablando: —Bien..., bien... Mi biblioteca es muy completa... Leamos... Leamos...

Cogido que cada uno de aquellos hombres hubo un brazado de los libros que en la habitación había, sentándose los más en la alfombra, comenzaron a leer con frenético interés en voz alta.

Cer, personalmente, tocó entonces la caja del velador.

Trabajen ahora las máquinas -—dispuso mientras el gabinete desaparecía de la pantalla. —Veré con Uver todos los núcleos que tan magníficamente diseminaste en tu correría por este astro de horrendos habitantes, Kar. Reitero mi felicitación.

No merece la pena, ¡oh, Cer! —murmuró visiblemente halagado Kar, irguiéndose aún más de lo que ya estaba, al levantar su enguantado índice. —Puntería no me falta. Me he limitado a tirar los núcleos por las ventanas de sus moradas y a dejarlos clavados en la pared.

—El autor eres, no obstante, y gracias a ti los efluvios hipnóticos pueden obrar. Ve ya con Eler a la cámara de preparación, que en breve estaremos al tanto de todos los secretos de estos feísimos

terrícolas. Luego...

Puso la palma de la mano en la blanquísima caja y, al tiempo que la pantalla fulguraba y Kar y Eler se hundían, emitió una diabólica carcajada que inundo con sus estridencias el aposento.

CAPÍTULO IV

NUBES AMARILLENTAS

NO dudó el teniente Forecast. El profesor Dark, a aquella hora, no podía encontrarse más que en un sitio: en el laboratorio. Atravesó el pasillo, pues, y se dirigió al anexo del pabellón B de Fort Liking.

Sin esperar contestación a los rápidos golpes que dio la puerta, irrumpió como un loco en el laboratorio.

—¡Mister Dark! —le llamó, sin necesidad, puesto que tanto el miembro de la «Polar Scientific Investigation» como su hermana Stella, asombrados de tan impetuosa entrada, le estaban mirando boquiabiertos.

Y todavía aumentó el asombro de los dos hermanos cuando se presentaron, casi en el acto, el comandante Dowel y el sargento Purcer.

—¿Qué... qué pasa? —preguntó alarmado el científico, quitándose las gafas de un manotazo.

Stella Dark, una joven trigueña de no más de veinte abriles, levantándose de un salto, se acercó a su hermano con gesto protector.

—¡Mire esta foto, mister Dark! —dijó Forecast, indicando muy nervioso la que traía en la mano el comandante.

Lois Dark cogió el retrato, se caló las gafas y lo miró en silencio.

Stella, tras dirigir a los recién llegados una mirada de reproche por haber interrumpido el importante trabajo que estaba realizando su hermano en el microscopio binocular que había junto a él, sobre una mesa de mármol, le puso las manos en los hombros y observó la fotografía también.

Ver fotografías en Fort Liking, era cosa corriente. A diario, sus ocho habitantes aprovechaban la menor oportunidad para captar el panorama desde todos los ángulos imaginables, procurando siempre recoger hasta los menores matices de la incomparable belleza de la nieve y del hielo.

Y no digamos, si se realizaba alguna expedición exploradora, Entonces, los encargados de llevarla a cabo regresaban a Fort Liking con negativo suficiente para entretenerse una semana entera revelándolo.

—Bien —dijo el profesor Dark poco después, fríamente y encogiéndose de hombros—, ya está vista. He tenido en mis manos

cincuenta veces esta fotografía.

—Ahí está su error —le interrumpió el comandante Dowel. —Ahí está el error de todos ustedes. Ven «demasiado» las fotografías.

—No le comprendo.

Excitándose más cada vez, Adían Dowel, como si no hubiera oído a Dark, siguió hablando.

—Llevo aquí tres días —dijo— y no he hecho más que ver fotografías. Desde Singsong hasta el teniente Forecast, pasando por el sargento, por el radiotelegrafista y por el del radar y terminando por ustedes dos, aquí todo el mundo tiene montones de fotografías. ¿Y saben lo que han conseguido?

Se detuvo como si esperase que alguien respondiera a su pregunta, y al ver que nadie lo hacía, prosiguió la filípica:

—¡Que ya ni siquiera les prestan atención! ¡Son para ustedes como las hojas de los árboles para un paseante! ¡Todas iguales!

—Tengo conocimientos de Botánica... —comenzó a decir el profesor, pasándose la mano por la barbilla.

—¡También yo! —interrumpióle el comandante. —Y le llevo a usted una ventaja: la de que he visto hoy por primera vez esta foto. Tenga la lupa y mírela de nuevo. Fíjese bien en las montañas. Vea que todas tienen forma de hoja alabardada. ¡Todas, menos una, que la tiene lanceolada! ¡Y está, precisamente, en el centro! ¡Y por si esto fuera poco, es una elevación que no figura en ningún mapa!

Atónito, Lois Dark, con Stella apoyada en sus hombros, miraba a través de la lupa con los ojos muy abiertos.

De la cocina llegó al laboratorio la voz de Freddy, que cantaba, y un portazo, debía ser James Lorkhead, el radiotelegrafista, que hacía lo posible para no ser molestado en sus dominios, o bien Bill Unshut, más conocido simplemente por «el del radar».

Lois Dark se mordió un labio.

—Lleva usted razón, comandante —concedió, levantando la cabeza por fin. —Esta eminencia lanceolada me había pasado desapercibida. Pero no es para tomarlo tan a pecho. No figura en los mapas por la sencilla razón de que no es realmente una montaña, sino un inmenso montón de hielo y nieve, formado por aludes sucesivos...

—No siga, mister Dark —le cortó con suave energía el teniente Forecast. —Convenga en que los aludes caen de lo alto.

—Sí —dijo Stella. —¿Y qué? Un alud y otro alud y otro alud...

—¿Y de dónde ha caído el que ha originado la cima, miss Dark?

—preguntó el comandante Dowel. —Vean ustedes que esa cúspide, helada y blanca como las que están en sus alrededores, tiene aproximadamente la misma altura que Sloped Mountain y que Crystal Hill, únicos sitios desde donde pueden haber caído las avalanchas.

—La nieve acumulada encima... —replicó el joven miembro de la «Polar Scientific Investigation».

—Perdone —denegó el comandante—, pero quinientos metros de nieve largos, me parece demasiada nieve acumulada. Por otra parte, aun dando por buena su hipótesis, advierta usted que esa nieve ha caído en un espacio limitado, ¿qué digo, limitado?, limitadísimo. Ni que no hubiese nevado en todo el invierno más que allí.

—¡Caramba, pues es verdad! —se dio al fin por vencido Lois Dark, al ver que el comandante de Fort Liking llevaba toda la razón del mundo. —¿Cuál es su opinión?

—¿Cómo quiere que tenga opinión? Acabo de llegar.

—He observado... —principió a decir Forecast, pero se detuvo: Dowel le miraba con cara de susto.

—Siga; teniente —le mandó el comandante. — Cualquier observación puede ser interesante.

—No tiene gran importancia. Se trata más bien de una corazonada... El... el bólido iba en dirección al Polo...

—Continúe.

—Esta misteriosa montaña se encuentra en la dirección que llevaba el bólido.

— ¿Cree usted que ambas cosas pueden estar relacionadas?

—No tengo ni idea. Pero puesto que las dos se salen de lo normal..

Pensativas, las cinco personas que había en el laboratorio volvieron a escuchar la canción de Freddy Singsong, quien, con tanta fuerza como maestría, golpeaba cazuelas a más y mejor.

—Iremos a esa montaña —habló el comandante Dowel. —Purcer, diga a Lorkhead que me ponga en comunicación con el general.

Y cuando el sargento se disponía a salir para cumplir la orden, dos agudos timbrazos resonaron en Fort Liking.

James Lorkhead avisaba que el general Nacre exigía con urgencia hablar con Allan Dowel.

—¡Cáspita! —se asombró éste de la coincidencia. —¡Vamos a

ver qué pasa!

Y salió disparado del laboratorio.

De prisa y corriendo, Stella Dark, su hermano, el teniente Forecast y el sargento le siguieron.

El radiotelegrafista mantenía la comunicación. Dowel habló serenamente.

—Comandante Dowel, de Fort Liking —dijo. Esperó un poco y siguió: —Sí, mi general, claro que lo hemos visto. Hemos establecido contacto con...

Cogió un papel que Lorkhead le alargaba, y continuó diciendo:

—Centro Green y 2KL-1V, y en ambos lugares han notado igualmente su presencia.

— ¿...?

—Sí, mi general. Concuerda. Era...

—¿...?

—No es molestia, mi general, al contrario —sonrió el comandante volviendo la vista hacia Forecast, quien estaba embelesado contemplando a Stella Dark sin que ella le viera. —El teniente observador está enfrascado en el estudio de la topografía de Sloped Mountain y no merece la pena molestarle para esto.

—¿...?

—Desde luego. El que aquí hemos visto, también era blanco y en grado sumo alargado...

—¿...?

—¿Proyectil-cohete anfibio? No sé, mi general. No me es posible opinar a ese respecto. ¡En mi vida he oído nada semejante!

—¿...?

—No, mi general, tampoco nosotros hemos visto la tripulación.

Pareció querer decir algo más, pero se detuvo y escuchó largo rato, tomando notas en un bloque de papel.

—Sí, mi genera] —dijo por último. Apenas amaine la ventisca, saldremos de exploración y trataremos de localizar la base...

Lois Dark llamó la atención de Dowel y se apuntó con el dedo. Stella le imitó.

—Mi general —añadió el comandante, enchufando una clavija en la posición del radiotelegrafista—, mister Dark y su hermana se muestran interesados en venir también.

—Me temo que la expedición se salga de lo científico —oyeron decir al general Nacre por un altavoz—, y la «Polar Scientific

Investigation» no me perdonaría jamás si les ocurriera algo... desagradable.

—Correremos el albur bajo mi absoluta responsabilidad —manifestó el científico. —Después de estar aquí metidos cinco meses, no nos vamos a perder la primera diversión seria que hay.

—Bien, mister Dark —accedió el general—, en ese caso no tengo nada que oponer. Vayan ustedes... y que se diviertan.

—Ya han oído —bisbiseó Dowel, desenchufando la clavija, con lo que las nuevas palabras del general no fueron audibles ya en el laboratorio. —De acuerdo, mi general... A sus órdenes, mi general...

Entregó el auricular al radiotelegrafista y se volvió.

—Señores —explicó mientras atascaba la pipa—, el famoso bólido va a traer cola. Supusimos que íbamos a dejar al Alto Mando con un palmo de boca, y el general Nacre me ha demostrado que sabe del artefacto más que nosotros.

Impacientes, mientras encendía la pipa, todos aguardaron.

—Un bólido de idénticas características al que hemos visto aquí, ha estado rodando en los Estados Unidos como si fuera un automóvil. Por carreteras y ciudades saltándose a la torera las leyes del tráfico, ha sido perseguido y tiroteado por la policía, y en una docena de ocasiones, organizada en serio su captura, le han interceptado la ruta con barricadas.

Nadie dijo nada. El comandante abrió los brazos y elevó las cejas al seguir:

— ¡Ha pasado sobre todos los obstáculos volando! Pero aún hay más. Si el artefacto que hemos visto en Fort Liking es el mismo que el de los Estados Unidos, resultará que también se desplaza por debajo del agua.

—¿Por eso ha dicho el general Nacre proyectil-cohete anfibio?

—En efecto, Forecast. Cuando telegrafiamos su aparición aquí, los buzos estaban buscando en Norfolk en cuya playa se había sumergido.

— ¡Es increíble! —saltó el profesor Dark.

—Puede que haya dos bólidos —opinó Stella.

—Haya los que haya, el general sospecha que nosotros somos los que más cerca estamos de su base Debemos llegar lo antes posible a Crystal Hill e investigar. No sé qué raro misterio habrá en todo esto, pero me ha encargado mucho que llevemos contadores Geiger.

— ¿Radiactividad en el Polo? —exclamó Dark.

Dowel se encogió de hombros.

—Otras cosas más raras se han visto.

Y como si deseara ponerse en marcha cuanto antes, mandó al sargento:

—Salga a ver cómo va la tormenta.

Purcer se fue.

El jefe de Fort Liking dio unas chupadas de su pipa y se cubrió materialmente por una cortina de humo.

—El asunto es serio —dijo, apartándose el humo de delante. —La aviación intervendrá. Ese dichoso bólido blanco ha causado una impresión tremenda. «Puede que se lleven una sorpresa», me ha dicho el general Nacre.

— ¡Comandante! —gritó en el pasillo el sargento Purcer. —¡Comandante!

Rock Forecast se asomó a la puerta del laboratorio.

—¿Qué ocurre, sargento?

Purcer, que venía corriendo, frenó a su lado.

— ¡La tormenta ha cedido, señor, pero el cielo está lleno de nubes amarillentas!

—Es que es de día, sargento Purcer —le recordó Lorkhead. —Después de seis meses de oscuridad, el sol parece muy extraño.

CAPÍTULO V

¿BASE DE BÓLIDOS?

EXCEPTO el radiotelegrafista, los demás componentes de Fort Liking, a bordo de tres de los cuatro vehículos especiales para desplazarse por la región de los eternos hielos, avanzaban por la ruta habitual de las expediciones.

Con sus equipos aisladores, capaces de resistir temperaturas de más de 40c bajo cero, no notaban ni pizca el frío. De no ser porque de sus bocas salían continuamente chorros de vapor, que les demostraban bien a las claras la realidad, hubieran podido imaginar que hacía hasta calor.

Las cadenas de los automóviles oruga se incrustaban en el suelo con toda la fuerza de su gran peso, a pesar de lo cual más que rodar, daban la impresión da patinar, tal era la velocidad con que se deslizaban por la inmaculada blancura sinuosa del piso.

El comandante Allan Dowel y Bill Unshut, el del radar, iban en cabeza; les seguían los hermanos Dark y Freddy Singsong, a corta distancia; y en último lugar, cerrando la marcha, el teniente Rock Forecast y el sargento Purcer.

En lo alto, rayando el azul, muy por delante de ellos todavía, como si los débiles rayos del sol estuvieran sufriendo algún desconocido proceso, extensas masas amarillentas iban cubriendo el cielo en todas direcciones. Eran unas rarísimas nubes rectas que, no bien se habían mantenido un momento en el aire, se esfumaban sin dejar rastro y eran sustituidas por otras

—Parece que alguien estuviera fumigando la atmósfera con un pulverizador gigantesco —había dicho gráficamente James Lorkhead, al inicial los expedicionarios la marcha en los vehículos oruga.

Sintonizados ahora los receptores de radio de éstos con Fort Liking, el radiotelegrafista, a la par que les informaba de lo que en el resto del mundo sucedía, les mantenía en contacto con el general Nacre.

—Esto puede ser de interés para el profesor Dark —dijo la voz de Lorkhead. —Acaban de anunciarlo por radio. El Premio «Magnificent Atom» le ha sido otorgado este año a Joseph Tackel, de la «Polar Scientific Investigation». Corto.

—¡Hombre, Tackel! —exclamó Lois Dark al escucharlo. —Se lo merece. Presentó un documentadísimo trabajo sobre las

transformaciones energéticas de los cuerpos radiactivos. Somos entrañables amigos...

—¿De qué trata? —preguntó Freddy, cortándole el pensamiento.

—De eso —repitió el joven científico. —De las transformaciones energéticas de los cuerpos radiactivos.

—Ya lo había oído, mister Dark —sonrió Freddy, apartando un instante los ojos del camino que le marcaban las huellas de las cadenas del vehículo que conducía Unshut. —Es que no sé lo que significa «transgenéticas enerciones» de las formas radiactivas.

Stella soltó una carcajada.

— ¡En mi vida he oído cosa tan rara!

— ¡Lo mismo me pasa a mí, miss Dark! —se encogió Freddy de hombros. Y encarándose con el miembro de la «Polar», le rogó muy serio: —Ande, explíquenoslo...

Dark estuvo tentado de no complacerle, pero Stella, sonriendo aún, le hizo señas y acabó por acceder.

—¿Ha oído decir que los antiguos alquimistas intentaban transformar en oro cuantos metales caían en sus manos?

—Claro que sí —afirmó Freddy.

—Bueno, pues un tal Stammereich...

—Un alquimista, diga mejor, y así le entenderé.

—Como quiera. Un... «alquimista» llamado Stammereich, y otro, que se llamaba Miete, hallaron oro en lámparas de mercurio.

—¿Quién lo había escondido allí?

—No lo había escondido nadie. Era que el mercurio se había convertido en oro.

— ¡Qué suerte tuvieron! ¡Se harían ricos, y hala...!

—No, no se hicieron ricos. En realidad perdieron dinero. Nos cuesta mucho más fabricar oro que extraerlo de la Naturaleza

— ¿Usted sabe hacer oro?

—Naturalmente. Todo estriba en lograr que los átomos del metal que queremos transformar pierdan o ganen ciertos corpúsculos que los forman.

Freddy Singsong asintió muy seriamente.

—Pero el oro —prosiguió el profesor Dark— no interesa. Es muchísimo más importante la creación de cuerpos radiactivos. Sí sabe lo que son, ¿verdad?

El negro hizo un cómico visaje de pánico.

—¿Eso de hacer las bombas atómicas?

—Sí —afirmó, risueño, Dark—, eso… Por cierto, amigo Freddy, ¿de qué es la batería de cocina que usa usted en Fort Liking?

—De aluminio.

— Pues mire, otro «alquimista» de aúpa, Joliot, sabía hacer radiactivo el aluminio.

— ¡No me diga!

—Sí le digo, sí.

— ¡Menos mal que usted no sabe!

— ¿Quién la ha dicho que no? El día menos pensando le gasto una bromita…

— ¡Bah! —repuso Freddy. —Ahora que me ha avisado ya no me importa Tomaré mis medidas.

—¿Qué piensa hacer? —preguntó Stella extrañada.

— ¡Guisar con guantes!

Los hermanos Dark rieron alegremente.

—No se lo aconsejo —dijo entre risas Lois. —Con guantes no sabrá nunca si realmente el aluminio es radiactivo o no.

—¿Por qué?

—Porque, caso de serlo, como habré tenido que llevar a cabo en él una transformación energética, estará caliente aun sin que lo tenga en el fuego, y, claro, usted, con los guantes…

— ¡Me parece que lo que quiere es que ponga el dedo! —rezongó Singsong. Y se calló, atento únicamente a conducir el automóvil oruga por un estrecho pasadizo limitado por un ventisquero y por una honda sima, cuyo fondo parecía atraer.

—Oiga, profesor —dijo Freddy con misteriosa entonación, ya que hubo salvado el obstáculo—, ¿querría hacerme un favor?

—Encantado. Dígame lo que sea.

Freddy Singsong, en lugar de contestar, sin apartar los ojos de las huellas de las cadenas del vehículo del comandante Dowel, parpadeó furiosamente, como si estuviera arrepentido de su petición.

—¿Le pasa algo? —inquirió miss Dark al verle tan azorado.

—Nada, nada… —titubeó él. —Sé que su hermano no va a querer complacerme…

—No lo asegure hasta que no se lo diga —animóle la muchacha. —Mi hermano le aprecia.

Freddy, como si no se atreviera a decidirse, se mordió un labio.

—Profesor —dijo luego de sopetón— enséñeme a hacer

radiactivo el aluminio.

— ¡Hombre..., hombre...! —retrepóse Dark, perplejo, en su asiento.

—Si no te cuesta nada, Lois —sonrió Stella. —Aunque no sea más que para distraernos de la monotonía del viaje, debes darle gusto. Llevamos muchas horas rodando por estos andurriales y comienza a resultar aburrida tanta blancura.

—Sea —concedió el joven, sonriendo de buena gana también. —Ustedes ganan.

Elevó las cejas, cerró los ojos después y prosiguió hablando con la mano derecha puesta sobre la sien, como para que le ayudara a reconcentrarse.

—No sé si... le saldrá, amigo Freddy —dijo muy lentamente. —Estos experimentos se hacen en laboratorios «ad hoc», no en cocinas, aunque éstas sean tan relucientes como la de Fort Liking. Yo —abrió los ojos, en cuyas pupilas brillaban juguetonas chispitas— voy a darle a usted algo parecido a una receta culinaria, pero no me pida responsabilidades si fracasa y el que se hace radiactivo es usted, en vez del aluminio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Preste atención, pues. Se coge una cacerola bien limpia y se lanzan sobre ella rayos alfa y beta. Cuando...

—Un momento, un momento —interrumpióle Singsong. —Dígame cuántos de cada.

—Muchos —indicó vagamente Lois Dark. —Cuantos más mejor. Porque es que —añadió como si fuera una explicación— hay que insistir infinidad de veces.

—¿Hasta cuándo? ¿Hasta que se llene la cacerola?

—No. Sólo hasta conseguir que los rayos alfa perforen el núcleo del aluminio.

—¡Miren qué gracioso nos ha salido el profesor! Se creerá que no me doy cuenta de que se ríe de mí. Si perforo el núcleo, se me romperá la cacerola.

Ocultos en una revuelta del blanquísimo camino, el comandante Dowel y Bill Unshut habían desaparecido de la vista de los tres ocupantes del segundo vehículo oruga de Fort Liking.

En la nieve helada, marcadas profundamente las huellas de las cadenas, se veía un como reguero que Singsong seguía sin vacilar.

De pronto, superado el ventisquero que impedía la visión, descubrieron en la sinuosa llanura a los dos hombres que iban

delante. Allan Dowel, pie a tierra, miraba atentamente un alargado montón de nieve que había a un lado. Unshut, con un contador Geiger bajo el brazo, estaba descendiendo del automóvil.

—¿Qué sucede, amigo? —le preguntó Lois Dark, sin ocultar su extrañeza, al llegar a su altura.

—No estoy muy seguro, mister Dark —respondió el del radar. —El Geiger detectó una ligera radiactividad y el comandante ha creído oportuno echar una ojeada a aquel punto negro que se divisa entre la nieve de ese montón.

Bill Unshut señalaba a uno de los laterales del montículo, en cuya lisa superficie se advertía, en efecto, algo semejante a un carrete de hilo vacío, negro y de reducidas proporciones.

Siguiendo al del radar, todos se encaminaron hacia Allan Dowel.

—Si no me equivoco —díjoles éste— hemos tenido suerte. Por los huecos que deja la nieve se ve un artefacto blanco, que muy bien podría ser el bólido que pasó sobre Fort Liking.

El teniente Forecast y el sargento Purcer, que habían oído las palabras de su jefe, ya que se habían aproximado al grupo en su vehículo, lo detuvieron bruscamente delante del bólido y Rock, de un salto, se llegó al alargado montículo.

—¿Será esto el «capot»? —dijo apartando la nieve con sus enguantadas manos.

Quedó al descubierto una superficie plana, dura de apariencia, cuya inmaculada blancura se confundía con la de la nieve misma.

—¡No lo toque! —le ordenó Dowel. —El contador Geiger indica que tiene radiactividad.

Forecast, como si hubiera sufrido una quemadura, echó las manos para atrás.

—Miremos si hay alguien dentro —propuso Stella Dark, avanzando hacia el redondo cristal que servía de parabrisas al bólido. —Puede que se trate de un accidente y que haya heridos en el interior.

No se ve nadie —denegó con la cabeza Dowel.

Ya he mirado yo antes. Suponiendo que de accidente se trate, los ocupantes del bólido lo han dejado abandonada

A través del grueso cristal se veía perfectamente el desierto interior de aquel extraordinario artefacto, que, al decir del general Nacre, igual que para rodar, servía para navegar por debajo del agua o para volar.

Todo escepticismo o duda que pudiera haber a este respecto, se

esfumaba con sólo verlo. Por las trazas, el bólido tenía poder sobrado para realizar cuantas maravillas se le atribuyeran.

Tenía, ante todo presencia. Una presencia imponente Su diseño, atrevidísimo, sueño hecho realidad de algún ingeniero de talento, quizá, entusiasmaba con la valentía de sus líneas, inconcebiblemente aerodinámicas y esbeltas en grado superlativo.

—¿No será un platillo volante? —quiso saber Freddy, mirándolo como temeroso.

—Platillo, platillo... —encogióse de hombros el joven miembro de la «Polar Scientific Investigation»—.

No creo que se le pueda llamar platillo. Hasta ahora, los platillos voladores que han sido vistos por ahí, sin excepción, tenían forma de disco o bola.

—¡Menos mal que este chisme es bien alargado! —suspiró Freddy.

Semejaba un torpedo. Salvo unos ligeros resaltes laterales en los que lo mismo que en el se había acumulado, no tenía visible en su exterior ningún elemento que pudiera hacer sospechar el uso para el que se le destinaba.

Ni siquiera por debajo, en la estrecha porción que tenía apoyada en el suelo, se veía ruedas o cadenas. Y, desde luego, no tenía ni el menor vestigio de nada que pudiera llamarse «alas».

—¿Que supone usted que es esto, mister Dark? —Preguntó el científico al comandante Dowel mostrándole el negro vástago que había como clavado en un lado del bólido.

Lois Dark, sin atreverse, al parecer a dar una opinión concreta, lo miró y lo remiró. Rodeado de tanta y tan inmaculada blancura, el negro del carrete destacaba fuertemente.

Dark habíase quedado completamente inmóvil. Sin respirar casi, como temiendo algo malo de aquel desconocido aparatito de inocente aspecto, seguía con los ojos fijos en él.

—Lo descubrí al pasar —empezó a decir Dowel a miss Dark, quien se encontraba, como los otros miembros de la expedición, junto al joven de la «Polar».

— ¡Miren! —exclamó éste de repente, apuntando al extraño carrete con un dedo—. Juraría que eso que tiene en el centro es una célula fotoeléctrica.

Como un cristalito negro, invisible casi, algo brillaba, en efecto, allí donde señalaba Dark.

—¿Entonces...? —interrumpió Forecast.

—Puede que nuestros movimientos estén siendo recogidos en el interior del bólido, o puede que esa célula constituya algo así como un aparato de alarma.

En el cielo, las nubes amarillentas con aquel como explotar de sus silenciosas desapariciones, aumentaron lo indecible la frecuencia de su increíble surgir.

—En ambos casos —dijo el comandante—, tanto si de tomavistas automático como de aparato de alarma se trata, eso puede querer decir que su tripulante o tripulantes piensan volver.

Así es —asintió Lois Dark—. Únicamente de esa manera se explica el que lo hayan dejado clavado ahí.

—A lo mejor no lo han clavado ahora —supuso Stella—. A lo mejor forma parte del bólido,

—No lo creo —denegó su hermano—. Se despega demasiado del resto. Es absurdo que entre tanta blancura hayan tenido que colocar un aparato negro.

La muchacha, para demostrar su disconformidad con lo que Lois acababa de decir, quiso interrumpirle.

—Fíjate —siguió rápidamente el joven—, fíjense todos, en que parece como si hubieran elegido el blanco adrede. Ni dentro ni fuera, excepto eso negro, hay nada de otro color.

—Aquí —rezongó Forecast— el blanco puede servir de «camouflaje», pero lo que es en los Estados Unidos…

—Señores —decidió el comandante—, no nos devanemos más los sesos. Sea lo que fuere, los técnicos dictaminarán cuando vengan a recogerlo. Usted, Unshut —se dirigió al del radar—, póngase al habla con Fort Liking para que Lorkhead transmita al general Nacre nuestra posición. Dé toda clase de detalles.

Bill Unshut, asintiendo, entregó el contador Geiger a Freddy y se fue por la nieve hasta el vehículo oruga que había llegado guiando, el cual disponía de una pequeña emisora portátil.

El miembro de la «Polar Scientific Investigation», como hablando consigo mismo murmuró:

—Estoy seguro de que se han de desvelar muchos secretos. Este artefacto se sale con inusitada fuerza de la línea que impera en los vehículos actuales.

—¿Qué suponen ustedes que hará aquí? —pregunto el sargento Purcer, que no había dicho en todo el rato esta boca es mía; limitándose a observar y a escuchar con atención todo lo concerniente al extraordinario bólido.

— ¡Cualquiera sabe! —le contestó el comandante Dowel.

—Hay una idea que se me está metiendo cada vez más en la cabeza —dijo Lois Dark—. Pero no sé si…

—¿Qué quieres decir? —preguntóle su hermana, extrañada de su súbita detención.

—No lo sé, Stella. Es algo que casi no me atrevo ni a pensar, Sería de una trascendencia tan tremenda para el mundo…

—Explícate de una vez, hombre.

Dark, en lugar de proseguir hablando, quitándose una bufanda de lana que llevaba al cuello, por debajo del equipo aislador, avanzó un paso hacia el vástago que sobresalía del bólido con ella en la mano.

— ¡¿Qué intentas?! —exclamó Stella al verle decidido a poner la bufanda sobre el negro carrete.

Lois Dark, con un extraño brillo en los ojos, se detuvo y se volvió.

—Supongamos que lo que pienso sea cierto —dijo mirándoles uno por uno—. Supongamos que nos hallamos ni más ni menos que en la base del bólido; supongamos que ese vástago sea un aparato de alarma…

Allan Dowel fue el primero que comprendió lo que el científico quería hacer.

—¿Qué adelantaremos haciéndolo entrar en función? —habló con los ojos entornados, como si la pregunta no fuera dirigida a Dark, sino a él mismo, que estuviera reflexionando en alta voz.

—Se lo voy a decir, comandante —respondióle el de la «Polar Scientific Investigation», mirándole de hito en hito—. Ante todo, atraer la atención de sus dueños. Sean quienes fueren, a no ser que estén muertos, en estos contornos se encuentran y no dejarán de acudir.

—¿Quién va a poder vivir en esta desolada región? —dijo Stella, antes de que pudiera darse cuenta de la obvia idea que encerraban sus palabras.

—Olvida usted, miss Dark —replicó el jefe de Fort Liking— que nosotros vivimos en un paraje cuyas diferencias climatológicas son mínimas comparadas con las de éste.

—Desde luego, comandante. Pero nosotros tenemos motivos científicos para habitar en tan apartada zona de nuestro Globo;

—¿Y quién nos dice que los dueños del bólido no tengan sus motivos también, Stella? Sea como sea —siguió hablando Lois—, lo

primero que debemos hacer es ponernos en contacto con ellos. Si son hombres de ciencia no debemos preocuparnos de la acogida que nos dispensen,

—No sé yo que ningún hombre de ciencia vaya por gusto a los Estados Unidos a pasearse con un artefacto tan…

—Radiactivo —ayudó Freddy Singsong a la muchacha a encontrar la palabra que parecía resistírsele—. El contador Geiger no para de chirriar ni un instante.

Lois Dark abrió la boca para decir algo, pero se contuvo al escuchar gritos procedentes del automóvil de Dowel.

— ¡Comandante! —decía a voces Bill Unshut—. ¡¿No hay ni puertas ni ventanillas, verdad?! ¡Lorkhead cree que el general se extrañará si no las citamos!

— ¡Diga que no existe el menor rastro de hueco para entrar o salir! —gritó el comandante, volviéndose, como todos los que estaban con él, hacia Bill—. ¡Nada! —Hizo bocina con las manos—. ¡No deje de señalar el parabrisas! ¡Aunque no sabemos cómo, quizá hace de puerta y de ventana!

Los gruesos chorros amarillentos como si las voces al transmitirse por la atmósfera influyeran en ellos, hiciéronse súbitamente invisibles y durante una fracción de segundo, como barrido el azul por algún efluvio mágico, el aire quedó limpio.

Luego, cuando el comandante Allan Dowel tornó a girar sobre sus talones, sus dientes rechinaron al ver que Dark, mientras él había estado hablando y los demás distraídos, había dejado colgada la bufanda en el vástago del bólido.

Pero antes de que tuviese tiempo de pronunciar ni una sílaba, las nubes amarillas se hicieron visibles de nuevo, tan bajas ahora, que iban rozando el suelo en dirección a ellos; en lo alto, como un fantasma que se hubiese materializado en el seno del frío aire, apareció un vertiginoso bólido, idéntico al que esta posado en la nieve; y por último, esto fue, al menos, lo que en último lugar captaron los sentidos de los expedicionarios, el contador Geiger que Singsong sostenía, lanzó un agudo y largo chirrido, como una desgarradora queja metálica, que señalaba a las claras hasta qué punto había aumentado la radiactividad existente en aquel solitario paraje de las cercanías del Polo magnético de la Tierra.

Una radiactividad prácticamente incalculable, espantosa, terrible. Y más todavía, puesto que aquellas siete personas, Bill Unshut incluido, pese a encontrarse el del radar unos metros más allá, se hallaban en el centro de la zona donde tan bruscamente se

había originado.

Lois Dark, bien a su pesar, ni que decir tiene, parecía haber desencadenado, con su ocurrencia de llamar la atención de los dueños del bólido, el más espantoso de los peligros que un ser humano puede correr: ¡el de la contaminación radiactiva!

Aún no había terminado de caer al suelo el contador Geiger, que Singsong soltara estremecido, cuando ya el nuevo bólido blanco estaba posado en un montículo cercano, a unas dos docenas de metros escasos de los miembros de la expedición, y un hombre, atravesando aparentemente el redondo y grueso cristal del parabrisas, había saltado ágilmente de él.

Envuelto en la amarillenta nube que rodeaba al artefacto, el individuo, que vestía de pies a cabeza de piel, avanzó hacia todos con la diestra extendida en ademán de saludo.

—¿Cómo están ustedes, mis queridos amigos? —les gritó en perfecto inglés.

Antes de que nadie saliera de su estupor. Dark evidentemente perplejo, parpadeó como si de repente le molestase la amarillenta blancura del paisaje. Luego, profiriendo un alegre alarido, se precipitó con los brazos abiertos hacia el recién llegado.

Pero retrocedamos unos segundos antes de proseguir.

CAPÍTULO VI

CER MONTA EN CÓLERA

EL parabrisas! —-decía el terrestre que vestido como los otros seis, con holgado sobretodo blanco y tocado con una especie de caperuza del mismo color, se había puesto las enguantadas manos delante de la boca— ¡Aunque no sabemos cómo, quizá hace de puerta y de ventana!

Los restantes seres estaban con él, sin percatarse de lo que otro de ellos hacía, fueron a darse media vuelta entonces, y, de súbito, Cer y Uver dejaron de ver en la pantalla televisora sus imágenes y de escuchar las voces del que gritaba.

—¡Por Betta! —rugió el viejo, lanzando a Uver una mirada asesina—. ¡A ver si en el núcleo postrero vamos a tener algún fallo! ¡¿Qué ha pasado?!

Uver sin sangre en su horrible faz y sin poder disimular el intenso temblor que le dominaba, levantó su índice.

—Lo ignoro, ¡oh, Cer! —respondió con una voz que semejó un suspiro entrecortado.

— ¡Pobre de ti —amenazóle el monstruo— si están aún sin resolver los problemas de la atracción!

De un altavoz invisible, procedente de algún ignoto lugar, llegó a la habitación del jefe del Gan X la explicación de lo que había motivado la paralización del funcionamiento del núcleo receptor.

—Cuerpo poroso desconocido —dijeron en el dulce idioma que todos allí hablaban— interpuesto de buenas a primeras entre terrestres y núcleo 546, situado en el punto 38 del sector 1-A2.

— ¡¿Cómo?! —barbotó el espantoso viejo—. ¡Pero si entonces está aquí al lado!; ¡Y yo que suponía que estaba en el polo opuesto! ¡¿Dónde lo ha clavado, pues, Kar?!

—En el reactor, ¡oh, Cer! —saltó instantáneamente la voz del oculto informador—. Kar y Eler no pudieron conducirlo hasta el Gan X. Deficiencias de la atracción.

La horrible cara del anciano mudó de color vertiginosamente. Del rojo sanguinolento habitual pasó al azul oscuro, y después, perdiendo el brillo que le era característico, como si se hubiera petrificado, se hizo mate y se arrugó.

El no menos horrible rostro de Uver, sufriendo un proceso muy semejante al del viejo, con tanta velocidad como el de éste, varió

también su pigmentación y vino a quedarse, por último, lívido.

Cer, con una energía en la que iba reconcentrada toda la ira que experimentaba, plantó en la blanca caja del velador los dedos índice y corazón de su mano derecha.

Los resultados de aquella acción fueron muy variados. Tan variados como rápidos. Enloquecedoramente veloces. Más que relampagueantes. Inauditos.

En un período de tiempo prodigiosamente pequeño, para definir el cual resultarían pálidas las expresiones de «en un santiamén» y «en un abrir y cerrar de ojos», a la vez que Uver era proyectado al techo del recinto, en otro, en la «cámara de preparación», como la había llamado Cer al mandar a ella a Kar y a Eler, éste, que se encontraba acostado en una especie de mesa de operaciones y tenía la cabeza metida en un casquete redondeado, que recordaba los secadores de las peluquerías, levantóse de un salto y se lanzó con casquete y todo, seguido de Kar, por un orificio cuadrado que se abrió en el suelo.

Por su parte, en otra habitación, abarrotada ésta de ruedas de todos tamaños, el individuo que se había hecho cargo de las ropas de piel de Kar y Eler, a la llegada de éstos al Gan X, y que estaba a la sazón sentado ante un tablero atestado de ruedecitas, inclinada la careta de redondos cristales sobre ellas, púsose en pie de un brinco y, como si de súbito hubiera enloquecido, encaminóse como una exhalación a uno de los ángulos del cuarto, donde empezó a dar vueltas con verdadero frenesí a una rueda, la única, de todas las que había, que tenía los radios pintados de un color amarillento.

Vayamos tras Uver.

Proyectado hacia arriba por la porción de suelo que anteriormente se había hundido, que ahora había actuado a modo de catapulta, el horripilante hombre de Fach atravesó como una centella la techumbre de la habitación del monstruoso Cer, donde debía haber otro sistema de abertura similar al del suelo, sin duda, y subió velocísimamente.

Tanto, que, de haber durado más la vertiginosa ascensión, seguramente se habría ahogado. Por suerte para él, cuando comenzaba a sentir los primeros síntomas de asfixia se encontró en la cima de la montaña, azotado por el gélido viento polar.

Agarrándose desesperadamente a las cortantes aristas del hielo, temiendo a cada instante despeñarse, procuró sostenerse en la resbaladiza cúspide, cosa que logró apenas durante cinco segundos.

Después tras rebotar en un témpano, cayó en silencio al vacío y

fue a deshacerse al chocar contra las pavorosas rocas heladas del fondo del abismo blanco.

Cer, implacable, al enterarse de que las deficiencias de la atracción no habían sido subsanadas, dejándose llevar por la más desatada de las cóleras, había condenado a Uver a sufrir aquel castigo que culminó con su muerte.

Sentándose en el borde de la cama turca, después de haber tocado la caja del velador, el horroroso viejo, con los ojillos fijos en la pantalla del aparato televisor, mientras aguardaba a que desapareciera el obstáculo que entorpecía la transmisión del núcleo, para alejar el sueño que casi le vencía, con aquel ritmo de pesadilla que imprimía a su brazo, dio principio de nuevo a la asquerosa maniobra de estirarse el labio inferior.

Poco, empero, estuvo así. Como de la caja del velador surgiera una columnita de humo, sin necesidad de apartar su atención de la pantalla, notado que la hubo quizá con el olfato, cesó de estirarse la cara y murmuró:

—Avante.

Por la trampa que se había abierto a sus pies, la misma por donde en anterior ocasión aparecieran Kar, Eler y Uver, con idéntica escalofriante velocidad que aquéllos, también sin careta delante de la carnosa masa rojiza y deforme que tenía por rostro, tan repugnante como el del mismo Cer, penetró en la habitación otro hombre de Fach.

—Gracias, ¡oh, Cer! —musitó acobardado—. Espero de tu benevolencia para que disculpes las faltas que tenga la desdicha de cometer.

—Merecido castigo te impondría —le dijo ásperamente el terrible viejo. Y agregó: ¿Quién eres tú?

—Uwer, ¡oh, Cer! —respondió el recién llegado, guardándose muy mucho de olvidarse de levantar el índice.

—Quítate de en medio, que no me dejas ver si funciona ya o no el núcleo 546.

Uwer pasó por su lado como un autómata y fue a colocarse en el lugar que, junto al velador, ocupara un par de segundos antes Uver, precisamente encima de la trampa que a éste le había elevado de tan acelerada forma hasta el techo.

—Ten cuidado —le advirtió Cer sin mirarle—. Tu nombre es muy semejante al de tu antecesor.

Por la deforme cara del hombre de Fach no pudo juzgarse el demoledor efecto que tales palabras le habían producido, pero sí, en

cambio, por el tono quejumbroso de la voz que le salió de la garganta para contestar.

—No tengo yo culpa de tamaña coincidencia, ¡oh, Cer! —dijo temblando como una hoja al levantar el dedo-. Según la antiquísima ley de sucesión de orgullos de Fach, tras Uver...

—Puede que sigas su mismo camino, Uwer —le interrumpió el viejo, volviéndose a medias para mirarle a los ojos. Y tendiéndole como sujeto con fuerza de su mirada, añadió con despectiva entonación: No me gusta tu aspecto.

Uwer, incapaz de articular ni una sílaba del dulce idioma desconocido con que se expresaban, haciendo denodados esfuerzos para dominar el pánico que le poseía, permaneció mudo. El monstruoso Cer, entornando sus azules ojillos, movió la cabeza con manifiesto desagrado y tornó a girar el cuerpo para continuar observando el televisor.

Todavía estaba éste inutilizado. Una tenue claridad verdosa, luz tamizada podríamos llamarla, salía de la pantalla, en la cual, salvo una mancha grisácea, no se distinguía imagen alguna.

El «cuerpo poroso desconocido», como lo había calificado el informador, aún estaba «interpuesto entre terrestres y núcleo 546».

El silencio lo rompió el horrible anciano.

—Si no separas las deficiencias de la atracción, Uwer —habló con su cascada vocecilla—, ya imaginas lo que te espera.

Uwer, recobrando el dominio de los nervios en el pequeño respiro que el viejo le había concedido, se puso rígido como una estatua y levantó solamente el índice.

—En menos de cinco días puedo tenerlo resuelto, ¡oh, Cer! —prometió con mucha seguridad.

Cer, como asombrado de lo que acababa de oír dio un respingo y clavó los ojos en Uwer.

—Explícate —le fulminó extrañado.

—Todo estriba en compensar el desgaste de los generadores generales del Gan X, ¡oh, Cer!

—¡Naturalmente, imbécil! —gritó Cer encolerizado—. ¡Vaya un descubrimiento...!

Con una osadía que al tremendo viejo cogió tan desprevenido que ni paró mientes en ella, Uwer, sin levantar siquiera el dedo, interrumpiéndole, prosiguió:

—En efecto, no andas descaminado. Es un descubrimiento. Un descubri-miento que ha de aumentar mi orgullo por lo menos hasta

la categoría de Efer o de Ger. Bueno —vaciló—, quizá sólo hasta Hacher…

— ¡Explícate, por Betta!

Irguiéndose inconcebiblemente e hinchando el pecho hasta el extremo de que la blanca cazadora estuvo a punto de estallar, Uwer obedeció en el acto.

—Compensaré el desgaste de los generadores generales con ayuda de los acumuladores de energía supletorios.

—¡Insensato! —chilló Cer, saltando de la litera—. ¡¿Es que pretendes dilapidar la exigua provisión de los supletorios?!

Hizo ademan de plantar la mano en la caja del velador, pero debió echarse otra cuenta, porque se detuvo y dijo como escupiendo:

— ¡Contesta!

Uwer como para defenderse del castigo que consideraba inminente, levantó el dedo.

—No, ¡oh, Cer! —susurró—. Mi plan es muy otro, que tampoco deseo perder la oportunidad de volver en busca de la bella Betta que en Fach nos espera sonriente.

— ¡Despacha presto!… ¡Habla!… ¡Habla, o…!

Uwer, sintiéndose dueño de la situación, perdió un poco de la rigidez extremada que había estado teniendo. Hasta que terminase de explicarse, por lo menos, su integridad estaba asegurada. Y después también, porque él confiaba en que convencería al jefe del Gan X.

—Tengo bien estudiado el problema, ¡oh, Cer! Pienso originar un círculo vicioso. Con los supletorios daré potencia a los generadores generales para que funcionen con normalidad, y luego, puestos a punto ya éstos, ellos mismos se encargarán de volver a cargar los acumuladores, los cuales, a su vez, repetirán indefinidamente su trabajo.

Cer se dejó caer en la litera. Durante un momento, tirándose en silencio del labio, pareció reflexionar. Después, lentamente, cogiéndose un puñado de cara con la mano, refunfuñó como de mala gana:

—No está mal la idea. Uwer. Pon manos a la obra con premura. Haz que podamos aseptizar esta contaminada atmósfera cuanto antes.

En la pantalla del aparato televisor dejóse notar un rápido centelleo a la par que Uwer replicaba con ridícula suficiencia:

—Sé aprovechar el tiempo, ¡oh, Cer! Al venir a ocupar mi puesto a tu lado, di orden anticipada de que se hiciera girar la amarilla rueda de orientación.

En efecto, la rueda, movida a vertiginosa velocidad por el dinámico encargado de hacerlo, giraba y giraba mientras tanto.

Y los acumuladores supletorios del Gan X, iban ya prestando su energía a los generadores generales y compensándolos gradualmente,

A ras de suelo, arrastrándose como culebras por entre los hielos los rectos chorros de gas que para esterilizar el aire producían los hombres de Fach, envolvían con sus terroríficas nubes amarillentas una extensa región del Polo la primera parte del mundo que intentaban quedarse libre de impurezas.

CAPÍTULO VII

EL HOMBRE DE LA BOCA BRILLANTE

LA emanación es una propiedad atómica que se produce en todas las combinaciones de los cuerpos radiactivos. En el radio, mejor dicho, en las sales del radio, ya que es más frecuente que se empleen el cloruro, el bromuro o el carbonato, pueden observarse por encima de sus disoluciones.

Otra propiedad atómica importante es la llamada período de transformación, que es el tiempo que cada cuerpo radiactivo precisa para que su masa se reduzca a la mitad.

Este período de transformación es muy diferente de unos a otros cuerpos radiactivos, pues mientras el radón, por ejemplo, escasamente alcanza cuatro días, el radio se eleva a la exorbitante cifra de mil setecientos cincuenta años.

Vamos diciendo esto, porque parece ser que las explosiones atómicas originan un polvo radiactivo que, como una lluvia retardada, cae sin cesar de la atmósfera sobre la arrugada superficie terrestre.

Esta lluvia, por fortuna, como ya hemos apuntado, es muy lenta en su caída. Tanto, que se pasan alrededor de quince años para que se deposite por completo en el suelo.

Pero mientras, como se comprenderá, aunque sea poco a poco, el aire, el agua, los alimentos y nuestros mismos cuerpos se van, por así decirlo, empapando.

Sin embargo, gracias a esta circunstancia, a esta lentitud, viene a sucedemos algo muy semejante a lo de los encantadores de serpientes, a los que el activísimo veneno de sus cobras, acostumbrados como están a dejarse morder por ellas, no produce ni frío ni calor.

Nos vamos vacunando, sí. Nuestros organismos se van habituando a la radiactividad, y día llegará, si alguna explosión no nos coge de lleno, en que estaremos en condiciones de no sufrir el menor daño por culpa de ella.

Si el proceso de intoxicación se verifica a un ritmo que podamos aguantar, no nos sucederá nada. Hasta tal extremo de «familiarizados» con la radiactividad estaremos entonces.

El *microcurie* es la unidad que se ha adoptado para medir las radiaciones radiactivas. Es la cantidad de materia radiactiva que produce, por segundo, 37.000 procesos de descomposición.

Experiencias llevadas a cabo con animales han demostrado que 1’5 *microcurie* del estroncio 90, la materia radiactiva más peligrosa que se conoce, da lugar al cáncer óseo.

Hay muchas otras materias que pueden ocasionar serios daños también. El yodo 131 y el fósforo 32, por citar un par, se encuentran entre ellas.

Por suerte, tan grandes concentraciones de radiactividad como el 1’5 *microcurie* que hemos dicho más arriba, no se ha de lograr así como así, y deberán pasar largos años antes de que se produzca en el agua que bebemos, en los alimentos que comemos o en el aire que respiramos.

Aunque en el futuro no volviese a haber ninguna explosión atómica más, no hay duda de que el polvo formado por las anteriores, que debe estar cayendo sobre la Tierra, contaminará en su día cuanto encuentre en su superficie.

Parece ser que el mayor peligro reside en la acumulación en el organismo de materia radiactiva. O sea que si la sufrimos en pequeñas dosis, por más que estas sean repetidas, el riesgo es mínimo.

Debe entenderse que en esto, como en todo, la dosificación juega un papel importantísimo. Gran número de substancias venenosas, empleadas a determinadas dosis no solamente no matan, sino que contribuyen a curar enfermedades.

Y por el contrario, otras substancias inocuas véase el agua sin ir más lejos, si se ingieren dosis elevadas, pueden ocasionar la muerte.

* * *

Kar y Eler, al hundirse con el trozo de suelo de la habitación de Cer, oyendo al bajar la diabólica carcajada del viejo monstruo, no se inmutaron.

Tiesos como postes, haciendo caso omiso de la escalofriante velocidad que llevaban, sin mover ni un músculo, penetraron en tromba en la cámara de preparación, donde Eler debía dejar que en su rostro le modelaran la cara de un terrestre de los que se fueran viendo en la pantalla del jefe del Gan X.

—Debían dejarme que te acompañase, Eler —dijo Kar así estuvieron en el nuevo recinto—. No sé si tu solo vas a ser capaz de dominar la situación. Emplazar el núcleo de gran potencia, a mi entender, exige la colaboración de dos hombres.

Eler, enojado, repuso:

—Se te ha debido subir a la cabeza la misión que Cer te

encomendó, Kar. Pero no supongas que yo he de ser menos afortunado que tú. Si pudiste sin compañía distribuir en este astro 546 núcleos receptores, mejor ha de resultarme a mí plantar uno solo, aunque sea incalculablemente mayor.

Se hallaban en una especie de quirófano blanquísimo, en cuyo centro, junto a una mesa de operaciones había un hombre que les miraba en silencio.

Las paredes estaban cubiertas por vitrinas repletas de instrumental de cirugía. Había allí una completísima colección de herramientas de «modelar».

En un rincón, un mueble enorme, lleno de gavetas, contenía las máquinas clasificadoras, y sobre él, vibrando ligeramente, se veían dos casquetes metálicos, que eran los cerebros automáticos, los encargados de imprimir en los cerebros de los hombres de Fach los conocimientos que poseían los habitantes de la Tierra.

—Yo actué por sorpresa. Eler —dijo Kar—, no lo olvides. Ahora la empresa ha de estar erizada de dificultades.

Antes de que Eler respondiese, el hombre que había junto a la mesa de operaciones avanzó hada ellos.

—¿Tienes ya, Eler —preguntó—, decidido el terrestre que deseas te modele?

—Así es, modelador —asintió el aludido—. Elijo el hombre de la boca brillante.

—Núcleo 2 —rezongó el modelador—, Y luego, en alta voz. mientras ayudaba a Eler a echarse en la mesa de operaciones, inquirió: ¿Motivos que tienes para tal elección?

—Es importante —explicó Eler—, Se le nota en seguida.

El modelador se quedó mirando a Kar.

—¿También tú precisas de mis servicios?

—No —denegó Kar—. En mi cara no preciso que modeles rostro alguno. Estoy aquí tan sólo porque he de conducir el reactor que use Eler.

—Toma asiento, pues —díjole el modelador acercándole una silla—, y procura no estorbar. Ya conoces el exquisito esmero que mi arte requiere.

Kar tomo asiento en la silla y el modelador, sin dejar ni un momento de hablar, fue sacando de las vitrinas el instrumental que para la intervención necesitaba y depositándolo en una bandeja.

—No me cabe duda de que el triunfo que sobre los moradores de este astro hemos de alcanzar ha de ser total. Sus mentes no han de

ser capaces de resistir el incontenible efluvio de nuestro núcleo hipnótico de gran potencia. La bella Betta, que en Fach nos espera sonriente, puede estar tranquila. Seremos en breve plazo los dueños de esta jugosa tierra.

Un hombre penetró entonces por una abertura del techo, y el modelador, encarándose con él, le dijo mientras le entregaba la bandeja del instrumental:

—Que saquen en el acto copias de la imagen del hombre de la boca brillante del núcleo 2. Que doblen el número de ampliaciones usuales y que no olviden retocar cuantos detalles sirvan para matizar el gesto.

—Quedarás satisfecho —prometió el hombre, haciendo una respetuosa reverencia. Y luego, elevado que se hubo el trozo de suelo que pisaba, se marchó como una flecha por donde había venido.

El modelador se llegó entonces al extraño mueble de las gavetas, cogió uno de los casquetes metálicos, con el cual en la mano caminó hacia la mesa de operaciones, y se lo puso a Eler en la cabeza,

—Pienso que esta ha de ser mi obra maestra —se frotó fuertemente sus enguantadas manos después.

—No cantes victoria aún —le dijo Kar—. Genial eres, no te lo discuto, pero no sé si conseguirás adaptarte a la rigidez de rasgos con que los terrícolas tienen sus horribles e inexpresivos rostros enmarcados.

—Razón no te falta, Kar —manifestó Eler, incorporándose en la mesa de operaciones al hablar—. El modelador ha de constreñir extraordinariamente su capacidad creadora, más, aun así, yo confío en que su obra ha de resultar muy notable.

— ¡Claro que sí, Eler! —saltó el modelador. Y seguidamente, volviéndose hacia Kar. ¿Qué importa que en nuestro Fach lo que cuente sea la imaginación? Yo sé adaptarme a las circunstancias, no hago como otros, que…

Kar se retrepó en su asiento en espera de que continuara aquella indirecta que el artista le tiraba.

Pero éste, percatándose del riesgo que estaba corriendo, recogió velas.

—Bueno —prosiguió diciendo—, si aquí me veo obligado a prescindir de mi fantasía, lo haré. También en una copia puede haber arte.

Kar encogióse despectivo de hombros.

—Si en una vulgar copia cifras tus esperanzas de lograr una obra

cumbre…

—Trasuntos son todas las obras de Fach, ya sean cumbres o dejen de serlo, Kar, dime si sabes de algún modelador que sea absolutamente original, y me apresuraré a dejarle mi puesto de modelador del Gan X. La belleza…

—En este astro —terció Eler, que ya estaba recibiendo las impresiones que el casquete le grababa en el cerebro—, la suprema belleza consiste para muchos en una copia: la de la Naturaleza.

El hombre de la bandeja del instrumental bajó de nuevo por el aéreo camino que acostumbraba. Como si hubiera tenido la bandeja en contacto con el gas amarillento, la traía humeante.

—Cer está viendo uno tras otro todos los núcleos —dijo al dejarla en una mesita que sacó de debajo de la mesa de operaciones —. Uwer debe estar con el alma en un hilo en su presencia.

—Cer —opinó Kar— acabará por enterarse de su fracaso. Apenas inquiera el emplazamiento del núcleo postrero, el servicio de información le pondrá al corriente de lo ocurrido con el reactor.

—¡Silencio! —gritó Eler, sujetándose con las manos el casquete, ya que estuvo en un tris de caérsele a causa del brusco movimiento que había hecho—. Uwer es tan orgullo de Fach como tú y como yo. No aumentes con tus palabras el riesgo que ya corre.

El modelador y su ayudante interpusieron un biombo entre la mesa de operaciones y Kar.

Este, pese a que su rango era una letra superior al de Eler, como temeroso de que saliera a relucir nuevamente el desmedido orgullo que le había impedido tres días atrás empujar el reactor, no osó hacer comentario alguno.

Eler, salpicadas sus frases por los ruiditos metálicos que producía el modelador al elegir detrás del biombo el instrumental que precisaba para la delicada operación que iba a comenzar, continuó diciendo:

—Nunca debiste, Kar, ya te lo dije, clavar el núcleo en el reactor. No trasmitirá nada que sea interesante para la conquista de la Tierra. Si en lugar de tres días como hace que lo dejaste, hubieran transcurrido tres veces más, el resultado hubiese sido igual. No pasa nadie jamás por allí. Yo he rondado por aquellos alrededores y me consta que los más próximos terrícolas residen a doscientos kilómetros de aquel solitario paraje.

—¿Me das permiso para hacerte una pregunta? díjole a Eler el modelador.

—Sí. Hazla. He sido siempre amigo y protector de los artífices.

—¿Es cierto que las moradas de los terrícolas no se elevan hacia el sol?

—Ya tendrás ocasión de enterarte de ello cuando Cer lo disponga, modelador. Contén tu curiosidad y apréstate a comenzar tu intervención en mi cara.

—Yo sólo quería saber...

—Deja la charla —le ordenó Kar, rebulléndose visiblemente malhumorado en su asiento. —No es hora de gastar preciosas fracciones de tiempo en darte gusto.

Durante muchos minutos, en el sepulcral silencio que se hizo en la cámara de preparación, el modelador y su ayudante trabajaron de firme en el horrendo rostro de Eler.

* * *

—Alcánzame el paquete de copias —se escuchó de improviso al modelador dirigirse a su ayudante. —Comprobemos si el parecido que estamos logrando es exacto. Apenas me queda el toque postrero.

Kar, enderezándose en la silla, intervino:

— ¡Están sacadas las copias con las máquinas elementales de captar imágenes?

—En efecto —respondióle el modelador desde detrás del biombo. —Con ellas han sido obtenidas.

Eler habló también.

—¿Temes —dijo— que acaso no hayan salido con suficiente fidelidad, Kar?

—No, no —repuso éste. —La cámara oscura reproduce magníficamente cuanto su objetivo enfoca. Mi pregunta obedecía a simple curiosidad. No me cabe duda de que los retratos son fidelísimos.

Eler debió hacer ademán de quererse tocar el rostro, porque el modelador saltó con vehemencia:

— ¡Cuidado, Eler, no te toques! Todavía no está endurecida en su totalidad la epidermis de tu cara y podrías borrar algún rasgo.

—¿Tanto tarda...? —habló como perplejo Eler.

—Con el arte no sucede lo que con la ciencia —le explicó el modelador. —-No bien has resuelto un abstruso problema por mediación de esta última, ya tienes la solución dispuesta para ser aplicada. Más en el arte es el tiempo el que manda. Hay que esperar

a que la obra se seque. Anda, mírate y dime lo que te parece. Observa la horrible tersura que he tenido que dar a tu cara para lograr el inexpresivo rostro que te he modelado.

—Experimento una especie de tirantez.

—Claro. Es debido a la tensión a que tienes sometida la epidermis, Eler; pero no te preocupes, que no ha de quedarte señal alguna cuando vuelva a estirarla.

—¿No será que has trabajado demasiado aprisa, modelador?

—No tal. He trabajado al ritmo preciso. No importa que yo haya terminado antes que el cerebro automático que te instruye en el idioma del terrestre que vas a suplantar.

Kar, sin levantarse de su silla, terció para preguntar a su compañero:

—¿Te vas imponiendo ya?

Eler tardó un segundo a contestarle.

—En su manera de expresarse, sí —dijo luego. —Lo que no acabo de agotar son sus conocimientos. La mayor parte de ellos hace muchos años que en Fach los desterramos por erróneos, pero poseen cantidades ingentes y no tengo más remedio que asimilarlos.

Aunque no tienes que hacer ningún esfuerzo contestó el horrible Kar—, digno de compasión eres por tenerte que dejar grabar en el cerebro unas ideas que maldito para lo que después te van a valer.

—Confiemos en que a Cer no se le ocurra enviarme a mi misión hasta que no termine del todo de aprender…

Eler no pudo seguir. Aquel fue el instante preciso en que el encolerizado Cer puso la mano en la caja blanca del velador. En la cámara de preparación el efecto fue instantáneo. El suelo, levantándose vertiginosamente, se llevó con él al modelador y a su ayudante y a la bandeja del instrumental.

Kar y Eler, sin poder ni por asomo eludir la arrebatadora orden que el viejo monstruo les mandaba, arrancando el uno de la mesa de operaciones con casquete y todo, y el otro de la silla, salieron disparados por el agujero que en el suelo de la estancia había quedado.

CAPÍTULO VIII

LOIS DARK FUMA EN PIPA

ANTES de que el miembro de la «Polar Scientific Investigation» llegase a donde estaba el hombre que les había dirigido la palabra en inglés, sucedieron varias cosas simultáneamente.

Las rasantes nubes amarillentas se hicieron invisibles; el largo y blanco bólido recién llegado emprendió el vuelo, y tras él, como si estuvieran amarrados con unos cables no menos invisibles que las nubes, deslizándose raudos por la nieve, el artefacto abandonado y los cuatro vehículos oruga de los expedicionarios, con los motores parados, se pusieron en marcha y desaparecieron en menos que canta un gallo al alejarse entre los hielos.

Lois Dark, asombrado tal vez, al pretender dar un salto para evitar el bólido que se lo echaba encima, resbaló y cayó al suelo cuan largo era a menos de cinco pasos del hombre vestido de pieles.

Los restantes habitantes de Fort Liking, entre los que se encontraba Bill Unshut, quien habíase tenido que tirar en marcha del automóvil al no poderlo dominar de ninguna forma, estupefactos ante la celeridad de los acontecimientos, se había quedado sin saber qué partido tomar ni qué hacer.

El del radar por un lado, al levantarse del suelo, y Stella Dark por otro, al acudir presurosa en ayuda de su hermano, fueron los primeros en entrar en acción.

Después, todos a una, Allan Dowel, Forecast, el sargento Purcer y Singsong corrieron hacia el científico.

A todos ellos les dominaba la idea de huir, de escapar de allí, de correr con todas sus energías en dirección contraria. La súbita volatilización de las amarillentas nubes, aun sin saber lo que eran ni lo que las originaba, les producía una extraña sensación de inquietud que se acrecentaba con el conocimiento de la terrible radiactividad que el contador Geiger que estaba en el suelo había registrado.

Sin embargo, nadie dejó de acudir en socorro de Lois Dark. Fue una sublime demostración de compañerismo.

— ¡Es Tackel! —les dijo el de la «Polar» señalándoles al hombre que llegara en el bólido y que, habiéndose quedado con la mano extendida, al ver que nadie se preocupaba de él había optado por cruzarse de brazos y aguardar sin moverse de donde estaba.

— ¡Tackel! —repitió Freddy Singsong—. ¡Su amigo el

alquimista de las «enérgicas enerciones»!

—Algo así —afirmó el desconocido con énfasis—. Ya veo que mi fama alcanza Hasta esta remota región polar.

Luego, decidiéndose al parecer a ayudar a incorporarse a Dark, avanzó majestuosamente, lo cogió con una sola mano y, dejando a los presentes pasmados con el alarde que de sus hercúleas fuerzas hizo, lo levantó en vilo y lo puso en pie.

Unshut, que se había subido a un montículo y miraba a lo lejos haciendo visera con la mano, la bajó de repente y echó a correr pendiente abajo.

— ¡No he podido distinguir más que al último, señor! —explicó entre jadeos al comandante Dowel—. ¡No obstante, juraría que iba recto hacia Crystal Hill!

— ¿Corno es que estás aquí, Joseph? —díjole con franca admiración. Lois Dark al que suponía su amigo y compañero—. Te hacía en los Estados Unidos.

—Ya se darán cuantas explicaciones deseen —metió prisa el comandante de Fort Liking—. No hay tiempo que perder. Debemos alejarnos de aquí. Si seguimos en la zona radiactiva vamos a acumular una cantidad espantosa de *microcuries*.

El falso Joseph Tackel abrió la boca para reír, y el sol, al inducírsele en ella, arrancó con sus rayos brillantes destellos al colmillo de oro, a aquella postiza pieza que tanto había llamado la atención de Eler en el Gan X, causa por la que había elegido al Premio «Magnificent Atom» para suplantarle.

—No teman nada —calmóles prestamente Eler—. No hay *microcuries* de esos que valgan. Yo, que he venido aquí para hacer unas prácticas importantísimas, les aseguro que pueden estar tranquilos. Ni en el aire ni en el agua helada que nos rodea, la radiactividad no alcanza ni con mucho el límite de tolerancia para ustedes.

Lois Dark se le quedó mirando con la boca abierta.

—¿Por qué dices «para ustedes»? —inquirió extrañado—. ¿Es que tú no estás en las mismas condiciones?

— ¡Claro que no! —exclamó Eler con un alborozo que no comprendió ninguno de los expedicionarios—.

Yo he participado directamente en incontables experimentos atómicos y estoy… digamos endurecido.

El comandante Dowel dio la orden de ponerse en camino y todos le obedecieron. No iban a ningún sitio determinado. Procuraban, simplemente, alejarse un poco de los amarillos chorros.

— ¡Sentémonos! —mandó Eler dos pasos más allá—.

Tan seguros estamos aquí como en cualquier otro lugar.

Nadie supo oponerse al mandato del que suponían Joseph Tackel. Hasta el comandante Allan Dowel se dejó caer en el suelo. Del hombre del bólido emanaba como un efluvio de maligna personalidad que les subyugaba. Todos tenían en el pico de la lengua una serie de preguntas que pugnaban por hacerle, pero nadie se decidía.

Las nubes amarillentas surgieron de nuevo en la solitaria extensión helada y crepitante. Rozando amenazadoras el hielo, ganaban terreno en dirección al grupo.

El comandante Dowel se levantó de un salto y todos le imitaron en el acto.

—Mira, Joseph —dijo Lois Dark a Eler, a guisa de excusa, como si temiera que su amigo iba a enfadarse con ellos por haberse puesto en pie sin su consenti-miento—. Tú sabrás disculparnos. Es que no nos gusta el aspecto de esos chorros.

—¡¿Quién sabe lo que puede ocurrimos si una de de esas nubes nos llegara a envolver?! —balbuceó Rock Forecast.

—Yo lo sé —respondió Eler sonriendo—. Nada. No puede sucederles nada... —Y terminó de forma inaudible para los que le escuchaban—. Todavía.

El sol, que en lo alto del cielo azul no dejaba de lucir, volvió a hacer que brillase el colmillo de oro que el modelador le había puesto a Eler en la boca, de idéntica apariencia al que el del verdadero Tackel tenía.

—¿Cómo es que está tan seguro de que no puede sucedemos nada, mister Tackel? —Quiso saber el sargento—. ¿Tiene usted algo que ver con ellos?

Eler se le quedó mirando con los ojos entornados. Purcer creyó que le agujereaban la cara, pero lo achacó al intensísimo frío reinante y gesticuló para desentumecer los músculos.

Ni siquiera le pasó por la imaginación que los pinchacitos que sentía tenían como causa las azules pupilas de aquel hombre, que se las había materialmente clavado al mirarle.

—No tengo inconveniente en decirles que es un compañero mío el que los produce —dijo el hombre de Fach.

Stella Dark, que iba a dar su brazo a su hermano, puesto que éste se disponía a caminar, terció tranquilizada:

—Siendo así —suspiró—, no creo que tengamos que

preocuparnos. Los compañeros suyos no han de causarnos mal alguno.

Eler asintió con la cabeza, cubierta siempre, como es natural en aquellas latitudes, con el capuchón de piel de su equipo polar.

—Lleva usted razón, mister...

Lois Dark soltó una carcajada nerviosísima, cuyo eco pareció rebotar de ventisquero en ventisquero y voceó:

— ¡Pero, hombre, Joseph!... ¿Es que no te acuerdas de mi hermana Stella? ¡Estos sabios...!

El falso Tackel miró perplejo a la joven, y luego, sonriendo sin cesar para no perder la oportunidad de exhibir el colmillo de oro, dijo apresuradamente;

— ¡Claro que me acuerdo! ¿Cómo no me voy a acordar —amplió la sonrisa—, si es tan bella como Betta?

Dark parpadeó.

— ¿Qué dices? ¿Es que te has casado en secreto?

El hombre de Fach, sin quitarse de la boca aquella risa que parecía habérsele quedado pegada, denegó.

—No, no me he casado. Ni tengo novia tampoco. —Y después, volviéndose a Stella—. Discúlpeme, se lo ruego. Es que con el equipo polar va usted tan tapada, que...

El comandante Allan Dowel, plantándose delante de él, le interrumpió firmemente.

— ¡Mister Tackel! —le espetó—. ¡Quédese usted aquí, si le parece oportuno, o váyase adonde quiera que le plazca! ¡¡Pero no intente entretenernos más!! ¡¡Nosotros, oígalo bien, nos vamos!!

Y predicando con el ejemplo, seguido por todos, Eler incluido, comenzó a caminar en dirección a Fort Liking. Dowel no estaba dispuesto a dejarse derrotar por la maléfica influencia que ejercía sobre el ánimo de todos los expedicionarios la rara personalidad de aquel individuo.

De aquel hombre ante cuya presencia las lenguas se resistían a pronunciar las palabras que ordenaban los cerebros. No obstante, haciendo acopio de valor, Allan Dowel había logrado rebelarse, poner los puntos sobre las íes y demostrarle que no toleraría imposiciones de nadie, por muy amigo que de Dark fuese y por espectacular que hubiera sido su aparición y por mucha fuerza muscular que tuviera.

Eler, en su papel de Joseph Tackel, así debió comprenderlo Y diciéndose que el verdadero hombre de la boca brillante no había

obrado de modo diferente al suyo, siguió con el grupo de Fort Liking haciendo las prácticas que le ordenara el viejo Cer cuando, de manera tan automática como repentina, como preliminar para la colocación correcta del núcleo hipnótico de gran potencia en la Tierra, le obligó a abandonar con Kar la cámara de preparación, al actuar el raudo y complejo sistema de ascensores que conocemos.

El comandante Dowel, al verle caminar cabizbajo una de las veces que volvió la cabeza para fijarse en si los chorros estaban o no, creyó conveniente suavizar la situación de tirantez que con sus rudas frases acababa de causar. Conque lo esperó. Y cuando Eler estuvo con él, caminaron emparejados.

—No tome en cuenta lo que le he dicho antes, mister Tackel —rogó el comandante a Eler—. Estamos un poco nerviosos...

—¿Dónde quiere que vayamos? —le cortó el hombre de Fach.

—A buscar un ventisquero que esté resguardado del viento y nos sirva para acampar.

El teniente Forecast, que andaba en cabeza, se detuvo al amparo de una gigantesca mole de hielo.

El sargento Purcer y Freddy y el del radar, que iban después, se pararon junto a Rock y esperaron a los Dark.

El comandante Dowel, mientras caminaba, iba dando explicaciones a Eler.

—De momento no me importa demasiado carecer de víveres. Espero que llegue en cualquier instante la aviación, pues el general Nacre me prometió que no dejaría de enviar aparatos para que nos ayudaran a encontrar la base del bólido.

—Por cierto —intervino Forecast, que había oído la última palabra de su jefe—. ¿Qué clase de aparato es el que ha venido usted pilotando hace unos minutos?

El hombre de Fach, como de costumbre, no perdió la oportunidad de mostrar su colmillo de oro.

—No lo pilotaba yo.

—Bueno, ya... —se encogió de hombros el teniente. Quise decir que de qué tipo era. Ya he visto que después despegaba sin usted, mister Tackel.

—Era un reactor —dijo Eler. Y agregó como a modo de aclaración—. Y lo pilotaba un compañero mío.

—¿Lo conozco? —tomó parte en la conversación Lois Dark, suponiendo que podría tratarse quizá de algún miembro de la «Polar Scientific Investigation».

—No —repuso tajante Eler— Y no me pregunten más, porque de él sólo puedo decirles que es superior a mí.

Como acobardados, sin que nadie osase rechistar, dieron la vuelta a la esquina del bloque de hielo.

La situación era absurda. Temían algo que no sabían lo que era, pero que intuían sin lugar a duda.

Y Joseph Tackel, a nadie se le ocultaba, era culpable de! vago temor que sentían.

Un temor como una congoja, como una pena inexplicable que les producía un nudo en la garganta y les imposibilitaba formular al Premio «Magnificent Atom» las preguntas que les quemaban.

¿Qué hacía allí? ¿Era aquella realmente la base de los bólidos blancos? ¿Dónde habían ido solos los automóviles oruga? ¿Quién producía las nubes artificiales? ¿Qué eran? ¿Por qué las producían? ¿Eran nubes radiactivas?

Pero, con ser todas las anteriores cuestiones interesantísimas, había otra pregunta que martirizaba a Dark.

Una pregunta que, pese a su aparente inocencia de haber podido el científico hacerlo, hubiese sido la sentencia de muerte para el modelador del Gan X.

Era una pregunta relacionada con el colmillo de oro que tanto le gustaba enseñar a Eler.

Porque es que Lois Dark se había fijado en que aquel Joseph Tackel que tenía delante poseía un colmillo de oro, sí, pero el izquierdo, no el derecho como el Joseph Tackel que era su entrañable amigo.

Rock Forecast, al pedir a Stella que fuese con él y con el sargento Purcer a la cima del glacial, sacó al joven de sus pensamientos y le trajo a la realidad.

Pero la sospecha quedaba flotando en el ambiente helado del Polo.

Stella se negó a complacer al teniente

—Estoy muy cansada —dijo.

Y como para demostrar que verdaderamente lo estaba, se sentó veloz en el santo suelo y obligó a su hermano a sentarse a su lado. El teniente, no bien hubo ordenado a Unshut y a Freddy que treparan a lo alto y observaran las evoluciones de los amarillentos chorros, tomó asiento junto a ellos.

Eler y el comandante no tardaron en imitarles, y el sargento Purcer que corno resistiéndose a la idea había quedado en pie,

acabó por sentarse también.

Lois Dark estaba muy pensativo, como alelado, hubiera podido decirse. De vez en cuando miraba a hurtadillas al falso Tackel, quien departía animadamente con el comandante Dowel y le contaba la organización de una fabulosa expedición científica, que decía estaba patrocinada por la «Polar Scientific Investigation», la cual se había instalado en las proximidades del polo magnético valiéndose de unos tan recientes como secretos medios de vida y locomoción.

—La primera conclusión a que hemos llegado —decía Eler— se refiere a la contaminación de la atmósfera.

Purcer asintió con la cabeza.

—A ver si hacen algo que nos libre de esa especie de lluvia radiactiva que está continuamente cayéndonos encima, mister Tackel. Serían entonces ustedes dignos de todo encomio —le dijo sinceramente admirado de lo que creía haber oído.

Eler, sonriendo con aquella su insultante manera de mover los labios, le contestó sin mirarle:

—No ha interpretado correctamente lo que he querido decir. No me refería a la contaminación radiactiva, cosa que, dicho sea de paso, nos trae por completo sin cuidado. La contaminación que yo decía era la micro-orgánica. Tenga presente que existen, entre microbios y bacterias, más de dos mil variedades de microorganismos pululando por doquier. Nosotros sabemos que la vida podría desarrollarse mejor en la Tierra si no hubiese ninguna. De ahí que hayamos decido eliminarlas.

—¡Esterilizar el aire! -—se asombró él comandante Allan Dowel al darse cuenta de que aquello era la única solución.

—Pues sí —afirmó el sonriente Eler—. No ponga usted esa cara. Exterminando todos los microbios el desenvolvimiento de la vida podría llegar a adquirir una perfección jamás soñada por los biólogos.

Allan Dowel carraspeó.

—Yo soy topógrafo —dijo—, y no quería meterme en líos de esa naturaleza, pero se me alcanza que para deshacerse de tales bacterias patógenas, que así me parece recordar que se llamar, a las productoras de enfermedades, tendrían, que aislar primero a las que son beneficiosas para los animales y para las plantas

Lo que el hombre de Fach replicó les sumió en una perplejidad rayana en el estupor;

—Aunque para la consecución de nuestros fines hayamos de

anular a los microorganismos beneficiosos, lo haremos de todas maneras. El caso es tener la certeza de que los nocivos han sido quitados de veras de en medio.

Y Eler, al mirar en derredor y fijarse en los «horribles» rostros de aquellos habitantes de la Tierra, como si quisiera hacer competencia a la bella Betta que en Fach le esperaba sonriente, sonrió también una vez más. Y el sol tornó a hacer brillar su colmillo de oro.

— ¡Está llegando un chorro! —gritó el del radar desde su puesto de observación.

— ¡No se preocupe, amigo! —gritó igualmente Eler. Y en voz normal, dirigiéndose a los demás—. Ya les he indicado que los origina un compañero mío.

—¿Dónde está ese compañero tuyo, Joseph? —se atrevió a dirigirle la palabra Lois Dark.

—En nuestro Gan X.

—¿Vuestro campamento?

—Así es. Allí vivimos, igual que vosotros, entre los hielos de esta yerma zona congelada.

Eler, sintiéndose más y más dueño de la situación, se hacía lenguas de lo bien que actuaba entre los terrestres. Seguro estaba de que a su retorno a Fach, su orgullo se vería aumentado lo menos hasta Eer. Claro que no era igual tratar con aquellos poquitos terrícolas que si tuviese que vérselas con varios miles a la vez. Más él se decía que Cer era sabio y prudente y que había hecho mucho en su favor al ordenarle el período de prácticas.

Dark, sin atreverse a mirarle cuando él lo hacía, seguía preguntando cosas al falso Tackel.

—¿Para qué se ha llevado tu piloto nuestros automóviles? No creo que puedan ser de utilidad en tu campamento. Son mucho más lentos que esos dos reactores que hemos visto.

—Mi piloto no se los ha llevado —explicó Eler con toda sinceridad—. El sólo quería atraer al reactor. Pero al poner en funcionamiento los acumuladores supletorios, cuya fuerza es inmensa, vuestros automóviles se han dejado influir y han sido atraídos.

—Supongo que no habrá problema para que nos los devuelvan —habló el comandante.

Eler no dio respuesta de palabra. Se limitó a sonreír con un cinismo insufrible y a mirar fijamente al comandante, con lo que éste supuso que el frío le estaba jugando una mala pasada.

Más que sonrisa, fue una mueca preñada de amenaza; una mueca que quería parecerse a sonrisa, pero que se quedaba en visaje cargado de maldad.

Lois Dark, como tomando una repentina resolución, se puso en pie justamente cuando Bill y Singsong comenzaron a dar gritos y un bólido blanco, como materializándose en el aire, que a tal velocidad apareció, aterrizó a corta distancia de allí.

Electrizados, los que aún permanecían sentados se levantaron del hielo. El del radar y Freddy, que bajaban a todo correr de lo alto del témpano, resbalaron y cayeron rodando.

Un hombre vestido de pieles y con el rostro cubierto con una careta anti-gas, haciendo girar sobre un diámetro el redondo cristal del parabrisas del artefacto, salió tranquilamente por el hueco y lo volvió a cerrar pulsando algún invisible resorte que debía haber en el impoluto marco.

Eler amplió extraordinariamente la mueca que le bailoteaba como un desvergonzado desafío en la boca, y empezó a expresarse en una lengua dulce y extraña que sólo el recién llegado comprendió.

—Poco has tardado en volver a recogerme, Kar. Ahora que empezaba a divertirme…

—Cer ha dispuesto que des fin a tus prácticas, Eler —repuso el aludido— Interesando para su estudio en el Gan X un ejemplar de terrestre, él me manda te transmita lo siguiente; apodérate del que se te antoje, desintegra a los demás y acompáñame cuanto antes, que los detectores han señalado la proximidad de un rudimentario artefacto volador de los que aquí usan.

El colmillo de oro del suplantador brilló lo indecible cuando habló en inglés a los estupefactos expedicionarios de Fort Liking.

—Vienen a buscarme —dijo con un acento de pesadumbre que la mueca que tenia por sonrisa desvirtuaba—. No tengo más remedio que prescindir de su agradable compañía. Usted, bellísima miss, vendrá conmigo y conocerá mi campamento.

Y uniendo la acción a la palabra, asió a Stella por un brazo y tiró bruscamente de ella.

La muchacha, a pesar de que las frases del falso Tackel habían sonado incomprensiblemente irónicas, y a pesar de que sintió arrastrada hacia él como una pluma, no ofreció resistencia.

Hubiérase dicho, y así era, en efecto, que estaba bajo el poder del Premio «Magnificent Atom», el cual le había a todas luces, anulado con su contacto la voluntad.

Pero, Forecast, que aun sin ser dueño absoluto de sus reacciones no estaba en iguales condiciones que la joven, empuñando su pistola, se plantó delante del hombre de Fach.

—¡Suéltela, Tackel! —le conminó—. ¡Lo menos que podía hacer, es pedirle a ella consentimiento!

El comandante Dowel, Purcer y los dos hombres de Fort Liking rodearon a Eler con cara de pocos amigos, pero éste no les hizo ningún caso y les volvió la espalda sin soltar a Stella.

Dark, que no podía dar crédito a lo que estaba viendo, sujetó a Forecast, quien parecía decidido a pegar un tiro por la espalda a su amigo, y balbuceó:

—Joseph..., te estás portando de una forma incalificable. Sé que no puede haber en tí malas intenciones, porque te conozco bien y sé que eres incapaz de ninguna felonía, pero esto, esto...

Eler les miró de reojo y, aparentando no ver el arma con que el nervioso teniente le tenía encañonado, les espetó con una calma que les cortó la respiración:

—Cer ha dispuesto que uno de ustedes venga conmigo, conque es inútil que se opongan. Además —siguió diciendo—, lo que deben hacer es prepararse a morir. No sé si les he dicho que les vamos a desintegrar en seguida.

Aun sin conocer al tal Cer, nadie dejó de estar seguro de que hablaba en serio. Escalofriantemente en serio.

Sus azules ojos lanzaban unas demoníacas chispitas que se clavaban en la carne de la cara de aquellos a quienes miraba, y la diabólica sonrisa hacía brillar siniestramente el colmillo de oro.

—¡Está loco! —gritó Rock Forecast, haciendo fuego sin contemplaciones al verle caminar un paso hacia el bólido y el hombre que en él había Llegado.

La gruesa piel con que Eler se cubría las espaldas fue atravesada per el rabioso proyectil del teniente, pero el suplantador de Joseph Tackel no sufrió daño alguno.

Se detuvo, eso sí, en el mismo instante en que un chorro amarillento, como una llamarada, doblando la esquina del ventisquero que les servía de refugio, alcanzó casi al asombrado grupo después de haber pasado sobre el blanco vehículo del Gan X.

Cruzado de brazos, Kar aguardaba impertérrito envuelto en la nube.

Stella Dark, incapaz ya de sostenerse en pie, colgaba como un conejito asustado de la manaza con que Eler la tenia sujeta de un hombro.

El hombre de Fach se dio media vuelta en silencio.

—Hombres de la Tierra —declamó mirándoles muy serio de uno en uno—. Vuestras armas de mano son ineficaces Más que ineficaces, inocentes. Más inocentes aún que ese amarillento gas que tanto os impone y que no es otra cosa que lo que vosotros llamáis hidrógeno, pero coloreado y de una pureza que os asustaría conocer.

Kar le habló en la lengua que para comunicarse entre sí empleaban.

—Abrevia, Eler —le dijo—. No merecen la pena de que les des explicaciones.

Eler amagó una sonrisa de las suyas.

—Es que me divierte jugar con ellos, Kar —respondió—. Míralos, temblorosos a más no poder, ¿Pero a que no sabes el motivo? ¿Supones que temen porque van a morir? No. Temen porque vamos a llevarnos con nosotros a esta horrible criatura que sostengo. Es lo que ellos llaman una mujer —terminó de decir a Kar, mirándole por encima del hombro.

Con los ojos saliéndoseles de las órbitas, los habitantes de Fort Liking les observaban irresolutos.

—¡Suéltala! —repitió sin voz Rock Forecast, determinado a gastar el cargador si era preciso.

Y como viera que Tackel no obedecía su inaudible mandato, antes de que él mismo se diera cuenta, se encontró disparándole los restantes proyectiles a la cara

Fueron sus tiros increíblemente serenos, dado su estado anímico, y el teniente tuvo la seguridad de haberle alcanzado con todos.

El estruendo de la rápida descarga dominó las crepitaciones de los hielos, y, cuando se escabulló entre los ventisqueros, el eco la reprodujo con suave y decreciente modulación.

A los pies del hombre de Fach, produciendo profundos hoyitos en el suelo, el plomo de las balas se hundió, después de haber chocado con su rostro, sin hacerle ni tan siquiera pestañear.

—No te canses, terrestre. Soy lo que vosotros llamáis un superhombre —rióse con una alegría que contrastaba con el terror que sus palabras estaban ocasionando a los que le escuchaban—. Soy un hombre de Fach. Si, de ese cuerpo celeste que neciamente denomináis Júpiter.

El chorro de hidrógeno coloreado se invisibilizó.

—Os quedan escasos segundos de vida, terrestres — continuó

diciéndoles—. Debeís morir.

Lois Dark, que había estado luchando con denuedo para romper aquella especie de intangible dogal que les impedía obrar, sacudiendo la cabeza enérgicamente para despabilarse, le detuvo con un nervio que nadie hubiera pensado y se puso a hablar él.

—Un momento —le gritó a extraordinaria velocidad—. Paso porque sea usted todo lo superhombre que quiera, pero si se cree que me ha engañado o asombrado con su relativa semejanza con mi amigo Joseph Tackel, le aseguro que está en un error.

Eler se irguió cuanto pudo, y Stella, agarrada como la tenía por el hombro, a duras penas llegaba al suelo con los pies.

—¡¿Qué insinúas, criatura espantosa?! ¡¿Acaso dar a entender que no soy el vivo retrato de ese que dices?!

Dark que no se estaba quieto un instante, asintió sin mirarle. Y para dar naturalidad a sus movimientos, se acercó a Freddy, quien estaba sumido, como los demás, en una singular perplejidad, y rebuscó afanosamente en la cartera de cuero que llevaba a la espalda la pipa y el tabaco del comandante Dowel.

—No eres el vivo retrato de mi amigo —sostuvo mientras sacaba de la cartera lo que quería—. Hay en tu cara cierto parecido, pero nada más.

—Has de saber —arguyó Eler—, que el modelador del Gan X es un excelentísimo artista, y, por si fuera poco se ha basado en las fidelísimas imágenes que han obtenido de ese Tackel con cámaras fotográficas en las pantallas de los televisores. Aunque no lo puedas comprender, tanto me parezco a tu amigo, tanto, tanto, tanto que realmente es ya él el que se parece a mí. He pasado yo a ser el original.

Con los torpes movimientos de sus enguantadas manos, Dark procedió a atascar la pipa del comandante Allan Dowel. El tabaco, que estaba en una bolsa de plástico, caía a la nieve del suelo a puñados, pero el joven no lo notaba siquiera.

—Ahora me lo explico todo —remachó ante la admiración de sus compañeros y la del propio Eler. Voy a proponerte una cosa, superhombre de Júpiter. Si dejas que mi hermana venga junto a mí mientras te hablo, te revelaré la equivocación que el... modelador de tu campamento ha cometido. Si no es así, mándanos ya esos rayos desintegradores, o lo que sean, y haznos morir. Pero te advierto que te quedarás sin saber en qué consiste el incuestionable error que te he dicho; palabra de honor,

Los ojos de Eler centellearon. Sabía que lo que en Fach se

1lamaba «máquinas elementales de captar imágenes» y en la Tierra cámaras fotográficas, eran unos aparatos de suma fidelidad. Sin embargo, como el terrestre parecía estar muy seguro de lo que afirmaba, no encontró inconveniente en soltar por unos segundos a la mujer y dejarla que fuera a reunirse con él.

Total, eran dos pasos escasos lo que la tenía que consentir caminar, y le tendría tan a su merced como si nada pasase.

Stella Dark franqueó de un salto la distancia que entre todos la ayudaron a levantarse.

Es decir, entre todos, no. Porque Lois Dark, como si para él tuviese mayor importancia el prender fuego a la pipa, ni siquiera hizo mención de acercarse a ella.

Entre toses que le hacían saltar las lágrimas, el científico, inexplicable testarudo, persistía una y otra vez en aproximar el encendedor a la pipa y quemar el tabaco de la cazoleta,

—¡Habla, terrestre! — le fulminó Eler con una voz terriblemente ronca.

Dark se atragantó, tosió, escupió y. por último, antes de obedecer, dio una larga chupada, que le dejo pálido como un muerto, y expelió una densa columna de humo.

Es muy sencillo, hombre de Júpiter —explicóle rebajándole el título que le había venido dando— Habéis sacado las fotografías, no del verdadero original, sino de vuestras pantallas televisoras, te das ya cuenta?

No. Eler por muy despierta que creyera tener la imaginación, no se daba cuenta, cosa que demostró permaneciendo en silenciosa espera de que le aclararan aquello.

—¡Os han salido las fotografías al revés! ¿No comprendes que es como si las hubieseis obtenido de la imagen reflejada en un espejo? Por eso, el colmillo de oro que mi amigo. Jcseph Tackel tiene en el lado izquierdo de la boca, a ti te lo han puesto en el derecho.

Hecho un basilisco, Eler retrocedió y se puso a hablar animadamente con Kar.

Un chorro de amarillento hidrogeno dio la vuelta a la arista que formaba el témpano y empezó a cubrir el reactor del Gan X.

Luis Dark, que estaba fumando a todo fumar, tosió con desusada energía Stella le miró asombrada y trató de quitarle la pipa, pero el joven se opuso con violencia y hasta la empujó.

Rock sujetó en sus brazos a la muchacha, que estuvo a punto de caerse. El comandante Dowel tragó saliva. Freddy parpadeó y Bill Unshut, igual que el sargento Purcer, se pasó la mano por la frente,

Dark, como una fiera enjaulada, iba de un lado para otro sin parar de toser.

La nube de hidrógeno estaba llegando ya a cubrir a los dos hombres de Fach.

Lois Dark chupó frenéticamente de la pipa y nuevas toses atronaron la desierta zona polar.

La nube cubría ya el bólido y a sus dos tripulantes, los cuales no cesaban de hablar.

Lois Dark, avanzando un paso hacia ellos, tosiendo a más y mejor, a la vez que Eler se volvía a medias para decirles algo, les arrojó la pipa encendida con rabia incontenible

Una llamarada intensísima surgió instantáneamente y allí donde una fracción de segundo antes habían estado los hombres que habían dicho proceder de Júpiter con su bólido, abrióse un enorme cráter y el agua de los hielos manó a torrentes.

El ventisquero a cuyo resguardo estaban los de Fort Liking, que retrocedieron más que a paso, se deshizo licuado en un abrir y cerrar de ojos.

EI inesperado acto del inteligente miembro de la «Polar», al lanzar la pipa encendida sobre aquella nube de hidrogeno purísimo, había originado su inmediata combustión y la de cuanto se encontraba en su seno gaseoso.

Pero, una vez más, las acciones de Dark tuvieron una tremenda trascendencia.

Corriendo con relampagueante velocidad de rayo o de meteoro, la combustión del hidrógeno se propagó hasta el sitio donde la nube se creaba, a trescientos kilómetros de allí, y, aun que ellos no pudieron ver más que el final, llegó a la misteriosa montaña que había entre Sloped Mountain y Crystal Hill, y...

EPÍLOGO

—¿…?

—En efecto, mi general. No se trata de ningún error Sostengo que podía ser una astronave. Y no lo hago a tontas y a locas, mi general. En primer lugar, en el informe escrito lo digo, los hombres de Júpiter tuvieron que valerse de una para venir a la tierra; y en segundo lugar, porque lo que presenciamos no era la explosión de una bomba atómica.

—¿…?

—Sí, mi general. Digo en el informe que «al principio nos lo pareció». Tenga usted en cuenta que vimos brotar del suelo un gigantesco chorro de gases, muy semejantes a los que en tales experimentos tienen lugar, pero luego, por más que aguardamos con el alma en un hilo a que se abriera el típico hongo radiactivo, no lo vimos. Sin embargo, el chorro de gases, cuando ya no estaba siquiera en contacto con el suelo, seguimos viéndolo subir hasta que desapareció en las alturas.

—¿…?

—¡Claro que puede ser el artefacto que registró Monte Palomar, mi general Los bólidos blancos, con todo y ser extraordinarios, comparados con la astronave debían ser un verdadero juego de niños. Lo digo, por lo desmesurado del cráter que dejó entre Crystal Hill y Sloped Mountain.

—No, no hay duda. Aquellos dos hombres, o superhombres, perecieron abrasados. Y tampoco quedó ni rastro del bólido.

—¿…?

—No sé qué decirle, mi general. Aquí, en Fort Liking, tenemos una versión particular de eso. Suponemos que debieron llegar en algún día crudísimo del pasado invierno, cuando las tremendas ventiscas nos impiden salir al exterior, y que la nieve cubriría de arriba a abajo su astronave.

—¿…?

—No se preocupe en ese sentido, mi general, que le aseguro que estamos perfectamente. ¡Menudo alegrón nos proporcionó Lorkhead al decirnos cuando apenas habíamos descendido aquí del avión que nos recogió, que nuestro contador Geiger estaba averiado!

—¿…?

—No, mi general. El aparatito negro que nosotros vimos clavado

en el bólido no tenía aspecto de poder fundirse. Quizá sea de otra clase el que usted dice se ha deshecho en la pared del gabinete de mister Joseph Tackel al ir a cogerlo...

Cuando de allí a poco el comandante Allan Dowel salía del pabellón de radiotelegrafía de Fort Liking, después de haber estado hablando con el general Nacre, se encontró a la puerta con Purcer.

—¿Dónde está Forecast? —le preguntó.

—«Están» allá arriba tomando el sol —repuso el sargento. Y añadió curioso—. ¿Sabe usted si piensan casarse aquí?

—¡¿Cómo?! ¿Es que ya han hablado de boda?

—A mí, claro es, no me han dicho nada. Lo he preguntado, porque están a partir un piñón,

— ¡Qué impetuoso es el teniente observador!

El comandante sonrió mientras se sacaba la pipa de uno de los bolsillos de la guerrera.

— ¡Es la primavera! —suspiró—. Las suaves caricias del sol hacen que los témpanos comiencen a derretirse. La Naturaleza despierta a la vida.

Se puso en la boca la pipa, que había ido atascando al hablar, y acercó al tabaco la llama del encendedor.

—Primavera, amor.. —prosiguió, como soliloquiando, envuelto ya en el humo que expelía por la comisura de los labios—, ¡Y la alegría de vivir!

Bajó la voz hasta convertirla en un susurro, y dijo, mirando de hito en hito al sargento.

Purcer dio un respingo.

—No sabe el peso que me ha quitado de encima, señor —confesó un poco vacilante—. También yo tiemblo al pensar en el riesgo que hemos corrido. Pero añadió—, se lo aseguro, jamás me hubiera atrevido a confesarlo. En mi fuero interno, temía ser un cobarde.

El comandante jefe de Fort Liking le dijo como con extrañeza:

—¿Un cobarde, por tener miedo?

—Naturalmente, señor.

Dowel empezó a hablar muy despacito, silabeando casi:

—¿Entonces usted cree que yo, que le he dicho que tiemblo ante el recuerdo, soy un cobarde?

El sargento parpadeó estupefacto del giro que estaba tomando la conversación.

—No —denegó con la cabeza, preparándose para el chaparrón

que se le podía venir encima—. Precisamente porque no lo creo me he tomado la libertad de decirle que «yo temía» ser un cobarde. Visto que teme igual usted, sé positivamente que no puede haber cobardía en mi miedo.

Allan Dowel escrutó el rostro de su subordinado.

— ¡Bien dicho, sargento! —exclamó, por fin, quitándose la pipa de la boca—. Como diplomático, es usted una maravilla. ¡Lástima que no le conociera yo hasta ahora esa cualidad! Podía haberle mandado a entendérselas de palabra con los superhombres de Júpiter.

Purcer hizo un gesto indefinible y el comandante volvió a ponerse la pipa en los labios.

— El miedo es muy humano, sargento —habló entre volutas de humo, dirigiéndose a la puerta principal de Fort Liking—. Quien manifieste no tener nunca miedo, una de dos, o es un insensato, o un loco. No es cobarde el que tiene miedo. Cobarde es el que no es capaz de vencerlo. Si oye usted hablar de algún héroe, no piense nunca en un «sin miedo», sino en una persona que sabe mantener el dominio de sus nervios aun con los pelos de punta y el pulso paralizado.

Las lámparas de petróleo del pasillo lanzaban desde el techo sus blancos resplandores sobre las cabezas de los dos hombres.

—A mí no me gustaría ser héroe, sargento —siguió diciendo el comandante, parado ya ante una percha de la que colgaban tres o cuatro chaquetones de piel—. Se pasa mucho miedo.

Cogió uno de los gruesos chaquetones y Purcer se apresuró a ayudarle a ponérselo.

—Cuando el de Júpiter afirmó que nos iban a desintegrar —aseguró el comandante Dowel—, senti algo similar a lo que deben experimentar los ratones cuando el gato abre las fauces para darles el primer bocado. Sentí la muerte tan próxima a mí, que me vi corno flotar entre el mundo y el trasmundo. No sé lo que hubiese pasado, de no intervenir tan inesperadamente el profesor Dark.

—Nos hubieran desintegrado de veras, señor. Aquel tipo hablaba en serio, estoy seguro. También yo sentí algo de eso que usted ha dicho, y hasta un poco más.

—En fin, no le demos más vueltas al asunto. Todo está ya lejos de nosotros y, por suerte, estamos sanos y salvos en casita.

Mudó el tono de charla que había venido dando a sus frases y agregó:

—Llame de mi parte al profesor y dígale que suba a la

superficie. Hemos de celebrar una conferencia y, puesto que arriba se debe estar muy bien, la celebraremos al aire libre.

Sin más, abandonó sin prisa el pasillo y desapareció envuelto en humo escaleras arriba

Purcer dio media vuelta y se llegó a la puerta del pabellón de invitados, donde llamó con los nudillos.

No le contestó nadie. Diciéndose que no había llamado lo suficientemente fuerte para que el científico le oyera, repitió con mayor energía los golpes.

Un nuevo silencio se dejó caer en el solitario pasillo central de Fort Liking.

—Profesor Dark —llamó de viva voz el sargento. Y como tampoco obtuviese respuesta, reiteró, más alto—. ¡Profesor Dark!

Aguardó unos segundos y, no sin haber golpeado la puerta de nuevo, a empujó decidido a entrar.

No pudo conseguir su propósito. La puerta estaba cerrada. Y cerrada por dentro, ya que se oía el apagado rumor de alguien que hablaba.

Temiendo sin atreverse a saber que, Purcer prestó con el oído pegado a la puerta

Oyó la voz de Lois Dark. Pero era una voz que, en vez de tranquilizarle, lo que hizo fue dejarlo perplejo Porque venía como de lejos, apagada, y era diminuta como si el científico se hubiera empequeñecido.

Diciéndose para su capote que así hablaría Lois Dark si se hubiese convertido en enano, tratando de franquear la entrada, movió con todas sus fuerzas el tirador.

Lo único que consiguió con su nerviosismo fue quedarse con el tirador de la puerta en la mano.

—¡Profesor Dark! —tornó a llamar, alarmado.

El miembro de la «Polar Scientific Investigation» no le oyó. No paraba de hablar…

El sargento acerco nuevamente el oído a la madera de la puerta y escuchó lo que decían al otro lado.

—Así es. Como si fueran mundos pequeñitos. Inconmensurablemente más pequeños que ese microscópico mundo de los microbios. Y girando como los planetas alrededor del sol, forman verdaderos sistemas solares, puede creerlo. Los protones de la materia se agrupan en el centro del átomo, alrededor del cual, a velocidades escalofriantes, giran y giran los electrones Y todo en

pequeño, invisible hasta con los más modernos y potentes microscopios…

No había duda. La vocecilla que Purcer escuchaba era la de Lois Dark.

— ¡¡Profesor Dark!!

Nadie le contestó, como de costumbre. El pasillo de Fort Liking estaba desierto y el silencio lo invadía todo. Ni siquiera se escuchaban las canciones que Freddy solía berrear en la cocina.

El sargento no dudó más. Se lanzó sobre la puerta del pabellón de invitados y la derribó.

Caído de rodillas todavía, en el mismo umbral, ya se dio cuenta de que la habitación estaba vacía. Atónito, puesto que la voz del profesor la seguía oyendo, miró a derecha y a izquierda.

Confirmó su primera impresión. ¡A pesar de todo, allí no había nadie!

Es decir, no había nadie «visible». De aquellos seres microscópicos que el de la «Polar» había mentado, qué duda cabía, los habría a millares de millones pululando en el ambiente.

Sin embargo, la enflaquecida voz de Lois Dark le seguía llegando al sargento Purcer, quien, procurando localizar el punto de donde partía, se puso en píe convencido de que era de encima de una mesita abarrotada de libros que había junto a él.

— ¡Demonio! —pensó, sin querer creerlo ni por asomo—. ¡A ver si lo han convertido en átomo! Los creo capaces hasta de meterse aquí.

Sin tenerlas todas consigo, empuñó la pistola y avanzó el paso que le faltaba para alcanzar la mesa.

Soltó un gruñido, se ruborizó hasta las orejas y miró al pasillo para ver si alguien le veía desde fuera guardarse la pistola.

En la mesa, tapado por los libros, estaba el auricular del teléfono interior de Fort Liking descolgado, y de él era desde donde salía la voz del científico, que debía estar hablando con alguien al otro lado del hilo.

— ¡Sabios distraídos! —mascullo, poniéndose el auricular en la oreja para localizar el sitio donde en realidad estaba hablando Dark.

Y no tuvo que devanarse los sesos. De allí a poco, la voz de Freddy Singsong se dejó oír y Purcer, dando un golpazo al colgar el auricular, salió del pabellón de invitados y se marchó a la cocina.

Pisando fuerte atravesó el pabellón C y llegó a su destino.

—Profesor Dark —¡habló sin dejar traslucir la emoción que acababa de sentir—. De parte del comandante Dowel, que vaya usted arriba. Van a tener una reunión al aire libre.

Y al fijarse en que Singsong tenía en la mano el auricular del teléfono de aquella dependencia, antes de que el de la «Polar Scientific Investigation» o el propio Freddy dijeran nada, le preguntó a éste:

— ¿Qué hace usted con el auricular tanto tiempo descolgado?

Dark, que estaba sentado en unas cajas de madera, se levantó sonriendo al tiempo que Singsong colgaba

—Como tiene sus temores de que yo le pueda hacer radiactiva la batería de cocina —explicó el científico al sargento—, aunque me ha llamado para que le... cuente cosas de los átomos, no ha soltado el auricular desde que me llamó. Es que dice que así, apretando fuertemente la substancia de que el teléfono está hecho, se aísla…

Purcer, sin decir ni pío de la faena que el temor de Freddy y la distracción de Dark le habían jugado, encarándose con el primero, le dijo muy serio:

—Más le valdría ir a arreglar la puerta del pabellón de invitados. Se preocupa tan poco de tener las cosas a punto, que he ido a empujarla y se ha caído.

—¡Canastos! —puso en blanco los ojos el negro de Harlerm. —Ha tenido que darla un fuerte empellón No hace ni diez días que Unshut y yo la revisamos porque chirriaban los goznes, ¿recuerdan?

Dark entregó a Singsong la llave de su pabellón, que llevaba en el bolsillo, y luego, cogiendo amigablemente al sargento Purcer del brazo, salió con él de la cocina, diciendo:

—Le apasionan las cuestiones atómicas. Intuye que la física nuclear es el arma que habrá que emplear contra los superhombres de Fach, si vuelven, que ojalá no vuelvan, y hace lo posible por documentarse. Le tengo preparado un montón de libros que, por cierto, ahora me acuerdo he dejado en la mesita del teléfono

— Sí..., ya... —dijo Purcer, alargando mucho las sílabas. —Ya...

Recorrieron de punta a punta el pasillo y, una vez que ambos se hubieron puesto sus chaquetones, que colgaban como el del comandante de la percha de la entrada de Fort Liking, subieron las escaleras, camino del exterior.

Hacía frío, sí. Pero para aquellos hombres heroicos, avezados a las bajas temperaturas, los oblicuos y débiles rayos solares quitaban

toda adustez a la pasada noche invernal y los grados bajo cero que soportaban, como si se diluyeran en la atmósfera al conjuro de la primavera, apenas si los notaban.

Entre la blancura de los témpanos, como una pincelada equivocada, la torre-antena de Fort Liking se despegaba del paisaje con sus geométricas líneas grisáceas.

A su pie, removida la nieve y amontonada a los lados de los cobertizos, pisoteado además el suelo por doquier, aun se advertían las señales que las cadenas de los automóviles oruga habían producido al salir

A lo lejos, brillando como ascuas más allá de las sinuosidades que la vista alcanzaba a ver, debían estar Sloped Mountain y Crystal Hill. Y el pavoroso cráter que la astronave de los hombres de Júpiter había dejado como rastro de su incuestionable paso por la Tierra.

El de la «Polar Scientific Investigation» y el sargento Purcer caminaban sintiendo crujir la nieve bajo sus pies.

— ¡Lois! —llególes la voz de Stella, que les llamaba para indicarles el lugar donde los estaban esperando.

— ¡Ya vamos! —respondió Dark.

Y codo a codo con el sargento, enfiló hacia un ventisquero cercano, al socaire del cual se hallaban Stella, el comandante Dowel y el teniente Rock Forecast.

— ¡Qué temperatura más deliciosa! —exclamó el científico al entrar en aquel resguardado cara al sol.

—Esto es lo mejor que tiene la primavera.

Las paredes del helado montículo, derritiéndose lentamente, dejaban que el agua que manaban cayese al suelo a gotas.

—Lo que hace falta es que la pasada ventisca sea la última —dijo Sella.

—Lo creo muy probable —afirmó Allan Dowel, sujetándose la pipa con la mano. —En los cuarenta días cortos que nos restan de estar en Fort Liking, espero que no volvamos a tener más.

—¡Qué pena tener que irnos!

—No hay más remedio, miss Dark. La primavera avanza incansable y el deshielo no tardará a dejarse sentir con toda su intensidad. Pero si usted lo desea —siguió diciendo el comandante —, al año que viene puede volver.

Stella sonrió agradecida.

—Me temo que no sea posible…

Forecast, carraspeando, tomó la palabra.

—Perdone que no se lo haya comunicado aún, Dowel, pero el caso es que miss Dark y yo.

Se detuvo como si no supiera cómo continuar, y Allan Dowel, por sacarle del apuro, dijo:

—Déjeme ver si adivino lo que me quiere decir…

Se puso como a pensar y, al fin, habló como dudando:

—¿No será que se van a casar?

Rock asintió perplejo, y Lois Dark, adelantándose, le explicó al comandante: —El teniente observador se ha empeñado en dejarme sin colaboradora, y me ha pedido su mano esta mañana.

En cuanto el jefe de Fort Liking y Purcer les dieron la enhorabuena a los hermanos y al teniente, el comandante les explicó el motivo de la reunión.

—Quiero que cambiemos impresiones sobre los hombres…, o superhombres, de Fach. A mí no me cabe duda de que el energúmeno aquel decía la verdad cuando afirmó que venía de Júpiter, y me consta que a ustedes tampoco; pero el general Nacre se muestra escéptico y va a costar Dios y ayuda convencerle.

En espera de que prosiguiera, nadie osó pronunciar palabra.

—Me ha informado de que ayer descubrieron en el gabinete de trabajo de mister Joseph Tackel una especie de carrete muy parecido al que nosotros conocemos, y me ha preguntado si el que vimos tenía aspecto de poder fundirse. Porque resulta que el de allí, y voy a advertirles de paso que han sido encontradas más de doscientos, cuando han ido a cogerlos de donde estaban clavados, se han convertido en un líquido espeso que los químicos que lo han analizado no saben lo que es.

Lois Dark meneó dubitativamente la cabeza.

—Es una pena… —empezó a decir. Mas se detuvo en seco, y prosiguió cambiando de tono: —Bueno, no es una pena, como comprenderán, sino una suerte fantástica el que nos lleváramos un contador Geiger estropeado. Iba a decir que de no haber sido porque el contador registraba radiactividad allí donde no la había, es muy probable que alguno de nosotros hubiese tocado el aparatito con la mano, con lo que ahora, amén de salir de dudas, tendríamos una prueba de que el carrete era de la misma composición que los de los Estados Unidos. Pero es mejor así. Quedémonos con la duda.

—Bien a gusto podemos quedarnos, Lois. De ser cierta la radiactividad que el Geiger indicaba, nos hubiéramos desintegrado.

—Insistiré en un punto, mister Dark —terció el comandante. —¿Se mantiene usted en lo que dijo en el avión que nos salvó? Me refiero a su opinión de que, caso de que vuelvan, los seres de Júpiter lo harán por aquí.

—Desde luego —aseveró el científico. —Por aquí o por el otro Polo. Pero sentarán sus reales en una zona helada. Es lógico que lo hagan así. Sus habitantes tienen que estar acostumbrados a temperaturas bajísimas, pues, no lo olvidemos, recibe del sol veinticinco veces menos calor que la I ierra.

— De acuerdo —exhaló Dowel una bocanada de humo. —Así se lo haré saber al general Nacre. Hay otra cosa que deseo pongamos en claro. ¿El individuo aquél dijo realmente Fach, o nos lo pareció? El general quiere saber a qué atenerse.

—Miren —señaló Dark a su hermana y al sargento y a Forecast, que se enzarzaron en una discusión—, tanto da que lo dijera realmente o que nos lo pareciera. Fach fue lo que entendimos y no podemos decir más.

—¿Entonces, Fach, en el idioma de Júpiter, significa Júpiter?

El de la «Polar Scientific Investigation» se encogió de hombros en el acto.

— ¿Cómo quiere que lo sepa, sargento? Yo sé que los egipcios le denominaban Ha-rape y los caldeos, Merodach. Pero en Júpiter no tengo ni idea.

—Fach —1e advirtió Stella. Y deletreó el raro nombre: —Efe, a, ce, hache. No digas que no lo sabes.

—¡Y no lo sé! —replicó su hermano. —¿Por qué no pudo decir, por ejemplo, Tach? ¡Pues sí que estábamos buenos todos...! Yo sé que Júpiter recorre su órbita alrededor del sol en la friolera de cuatro mil trescientos treinta y tres días, y que su atmósfera es muy densa, y que su superficie es pastosa... ¿Pero voy a atreverme a afirmar que el tipo aquél dijo Fach? ¡Ahí es nada! Entre el tabaco y el miedo que tenía, casi no me sostenía en pie, conque...

F I N

COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1.—Los hombres de Venus, *George H. White.*
2.—El planeta misterioso, *George H. White.*
3.—La ciudad congelada, *George H. White.*
4.—Cerebros electrónicos, *George H. White.*
5.—Pánico en la Tierra, *Alf. Regaldie.*
6.—La Horda amarilla, *George H. White.*
7.—Policía sideral, *George H. White.*
8.—La I. P. n.º 1, en peligro, *Alf. Regaldie.*
9.—Rumbo a lo desconocido, *George H. White.*
10.—Los Hombres Araña de Júpiter, *Alf. Regaldie.*
11.—La abominable bestia gris, *George H. White.*
12.—La Conquista de un Imperio, *George H. White.*
13.—El Reino de las Tinieblas, *George H. White.*
14.—Dos mundos frente a frente, *George H. White.*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el mundo, *George H. White.*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. Regaldie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. White*
28.—Destructores de mundos, *Alf. Regaldie.*
29.—D-3, Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. White.*
36.—La guerra verde, *George H. White.*

37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombree de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres planta, *George H White.*
46.—El azote de la humanidad, *George H. White.*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters.*
50.—Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters.*
51.—Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson.*
52.—Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53.—Tierra de enigmas, *Joe Bennett.*
54.—Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55.—Operación cefeida, *Profesor Hasley.*
56.—El Atom S-2, *George H. White.*
57.—El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58.—La bestia capitula, *George H. White.*
59.—El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley.*
60.—Extraño Visitante, *George H White.*
61.—Más allá del Sol, *George H. White.*
62.—Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley.*
63.—Entropía, *Profesor Hasley.*
64.—Marte, el enigmático, *George H. White.*
65.—¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66.—Raza diabólica, *George H. White.*
67.—Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice.*
68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredo un mundo, *George H. White.*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76. Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78.—Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley.*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice.*

«Ellos» están aquí. Surcan nuestro cielo con sus misteriosas aeronaves, nos escuchan y nos observan. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen?

¿Qué intenciones guardan?

GEORGE H. WHITE

el más prestigioso autor del género fantástico-científico, no pretende descorrer el velo del misterio. Imagina que una misteriosa aeronave cae derribada por los cazas a reacción... hace que sus tripulantes se lancen en paracaídas... ¡Y crea una de sus más sugestivas y amenas novelas de aventuras fantásticas!

«ELLOS» ESTAN AQUI

es el título de esta apasionante novela que aparecerá en el próximo número de la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*

Notas

[←1]

Son datos rigurosamente exactos (1958)

[←2]

Idem. (1958)